

UNIVERSITE CATHOLIQUE DE LOUVAIN
Département des Sciences Politiques et Sociales

**NOSTALGIE ET RÉCLAMATION
PAUVRETÉ, IDENTITÉ ET CONTRAT SOCIAL AU CHILI**

Francisca Márquez Belloni¹

JURY :

Promoteur : Guy Bajoit

Membres : Abraham Franssen, Claudia Serrano, Olivier Servais, Michel Singleton.

Manuscrit déposé en vue de l'obtention
du titre de Docteur en sociologie

OCTOBRE 2005

¹ fmarquez@academia.cl

INTRODUCCION

“Du moment ou un indigent est inscrit sur la liste des pauvres de sa paroisse il peut sans doute réclamer des secours: mais qu'est- ce que l'obtention de ce droit, sinon la manifestation authentique de la misere, de la faiblesse, de l'inconduite de celui qui en est revêtu?”

Alexis Tocqueville, Memoire sur le pauperisme, 1835.

La figura del pobre – el que merece por su condición de carencia ser asistido de manera sistemática por el Estado y sus políticas sociales-, es una construcción relativamente moderna. Históricamente, el pobre fue el mendigo, el leproso, el huérfano... y la relación de la sociedad transitó entre la caridad y el castigo, entre la piedad y la horca. Desde las políticas sociales en cambio, la sobrevivencia y la integración material es un derecho del ciudadano empobrecido y al cual la sociedad democrática y moderna debe responder.

Sabemos sin embargo, que las políticas sociales no han logrado erradicar la pobreza y sus efectos paradójales están a la vista. La idea de que la pobreza es un mal inevitable al modelo económico tiende a asentarse, y con ello la naturalización de la pobreza. Se olvida así que la pobreza es siempre una construcción social e histórica.

Lo primero es precisar que nuestro objeto de estudio no lo constituye la pobreza ni los pobres en tanto categoría genérica, sino los pobres en cuanto *asistidos* y sujetos de asistencia social. Asumimos en la perspectiva de Simmel, que los pobres, en tanto categoría social, no son aquellos que sufren de carencias y privaciones, sino aquellos que reciben asistencia o deberían recibirla según las convenciones sociales. La pobreza no puede, en este sentido, ser definida como un estado cuantitativo y absoluto, sino en cuanto a la relación social que ella genera. La pobreza, tal como aquí se entiende, es por tanto relativa y se construye socialmente. Su sentido es aquel que la sociedad le otorga.

Comprender los efectos a menudo perversos de las políticas sociales exige alejar la mirada de los mecanismos técnicos y de ingeniería social para centrarnos en la “*caja negra*” en que se desenvuelve y construye la relación entre los pobres y los agentes de políticas sociales. La premisa sobre la cual se levanta esta investigación es que los procesos de superación de la pobreza se asocian tanto a la *integración funcional* entendida como la autonomía de los más pobres para asegurar el propio sustento; así como a la *integración social* en tanto implicación de los sujetos en cuanto ciudadanos, en un sistema de derechos, normas y de valores.

La superación de la pobreza se asocia por tanto, a la capacidad de los más pobres para ejercer un control cultural y económico sobre sus vidas. Pero también a la definición del contrato social, esto es, a los derechos y deberes del Estado y de ellos mismos en el logro de la igualdad e integración social. O en la célebre fórmula roussoniana, a la “*forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común, la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno, uniéndose a todos obedezca tan solo a sí mismo y quede tan libre como antes.*”²

² Rousseau, El contrato social, cap. VI Del pacto social, [1762], 1996.

Las formas que adquiere este contrato social entre el Estado y los pobres de nuestra sociedad dice relación no solo con la oferta pública, sino también con la posición social y las disposiciones culturales e identitarias que orientan la práctica de estos sujetos en sociedad. El Estado construye el marco dentro del cual los sujetos deberán operar, pero también los sujetos interactúan, cuestionan, adhieren o rompen con él.

El concepto de *campo de relaciones* propuesto en esta investigación nos permite entrar a esta *caja negra* que son las relaciones y representaciones que se ponen en juego entre el Estado y los pobladores. El concepto de *campo de relaciones* abre la posibilidad de una lectura de la construcción de la alteridad en estos espacios públicos y políticos, de la distancia y proximidad con el otro, de la ambigua y siempre negociada interacción cara a cara; del tema del poder y del *control cultural*, entendido como la capacidad de decisión sobre los elementos culturales y sobre los modos de la convivencia social³. El análisis de las interacciones al interior de este campo de relaciones nos abre al conocimiento de los procesos por los cuales los más pobres de nuestra sociedad trabajan su identidad y su cultura a pesar de las condicionantes estructurales.

Este estudio se pregunta si una concepción del contrato social orientado hacia el reconocimiento de la comunidad y sus derechos por parte del Estado estaría en mejores condiciones de crear oportunidades de integración social que una concepción del contrato sustentada en el principio de la necesidad individual y la beneficencia. ¿Individuos con una identidad comunitaria fuerte, estarían en mejores condiciones de prescindir y autonomizarse del Estado y sus programas sociales que individuos sin este soporte comunitario, pero con aspiraciones individuales de movilidad social? ¿Cuáles serían las condiciones que deben cumplirse en esta interacción Estado/ individuo/ comunidad para que se gatillen procesos de mayor integración social? ¿Es la articulación al mercado de trabajo? ¿Es el acceso a un mayor y más diverso número de redes sociales? ¿Es la presencia de un dirigente social eficiente? ¿Es la construcción de un vínculo de confianza entre el agente público y el que demanda ayuda?

Para abordar este problema se observan, a través del trabajo etnográfico y los relatos de vida, los procesos de erradicación de campamentos y el traslado de los pobladores a conjuntos de viviendas construidas por el Estado durante la década de los noventa. Este análisis comparativo nos permitirá comprender las dinámicas que dan vida a estas *sociedades de campamento y sociedades de villa*; así como las formas de resistencia y adaptación que adquieren estos procesos de transformación social promovidos por el Estado y sus políticas sociales a lo largo de diez años (1990-2000).

La investigación sigue dos cursos complementarios. En un primer momento se caracterizan, a través de un trabajo etnográfico en tres villas (conjuntos residenciales pobres) las modalidades que adquiere este vínculo entre las familias y el Estado. Posteriormente, a través del análisis de "*los relatos de práctica*"⁴ de cuarenta y ocho habitantes de estas villas, se profundiza y comparan los procesos de erradicación desde sus campamentos así como los modelos del contrato social de estos pobladores, sus tensiones identitarias y lógicas de acción hacia el Estado, el mercado y su comunidad. La investigación establece la trayectoria de integración social de estas pequeñas *sociedades de campamento y villa* a lo largo de diez años, para luego – desde este relato e imaginario del contrato social - proponer algunos lineamientos teóricos para un contrato social de derechos a la igualdad en la diversidad.

³ Bonfill Batalla, 1990.

⁴ Ver anexo metodológico.

Los objetivos

Derivar y contrastar hipótesis relativas a los resultados e incidencia de las políticas sociales en la integración social de los pobladores.

Caracterizar las formas de resistencia o adaptación de los pobladores a las condiciones impuestas por las políticas sociales para el logro de la integración social.

Caracterizar los modelos del contrato social que se construyen entre los individuos pobres y el Estado a lo largo de la década de los noventa.

El método y el universo de estudio

En términos metodológicos el estudio se ubica en la perspectiva de los estudios cualitativos, privilegiando un enfoque etnográfico, los relatos de vida y entrevistas en profundidad a habitantes de tres territorios residenciales en los que el Estado ha construido conjuntos de viviendas y aplicado programas sociales.

Se analizarán las trayectorias sociales y las interacciones cotidianas que 48 individuos y sus familias sostienen con el Estado y políticas sociales a lo largo de los últimos diez años (1990-2000). Las familias fueron seleccionadas de acuerdo a su tipo de vinculación con programas y políticas sociales; y fueron contactadas a través de un trabajo etnográfico en los tres territorios estudiados: Villa El Resbalón y Villa San Arturo de la ciudad de Santiago; y Población Santos Martínez de la ciudad de Curicó. Como veremos, las tres comunas presentan características diferentes tanto en términos de sus indicadores de pobreza como en términos de su gestión municipal.

Para el año 2003, la encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) indicaba que en Chile un 18.7% de su población se ubicaba bajo la línea de la pobreza. Ese mismo año, la comuna de Cerro Navia, mostraba índices de pobreza por sobre el promedio nacional (21.7%) y una política municipal que privilegiaba un enfoque participativo en la implementación de las políticas y programas sociales. La comuna de Maipú ubicada también en Santiago, mostraba en cambio, índices de pobreza muy por debajo del país (10.5%) y una política municipal contraria a la construcción de villas y radicación de pobladores en su comuna. El discurso municipal apuntaba más bien a la construcción de una identidad comunal de clase media; desde esta perspectiva no existía política alguna de integración comunal para los recién llegados de campamentos de comunas aledañas lo que talvés explique que desde 1996 la comuna aumentara al menos en casi tres puntos su índice de pobreza. La comuna de Curicó ubicada en la ciudad de Curicó, poseía para el año 2003, niveles de pobreza algo inferiores a los promedios nacionales (14.6%), un enfoque fuertemente asistencial en la implementación de los programas sociales, pero exitosos indicadores de gestión municipal en términos de la focalización de sus recursos y programas sociales.

La mayor parte de las familias que conforman nuestro universo de estudio obtuvieron durante la década de los noventa una vivienda social⁵. En los territorios seleccionados se pudo constatar dos tipos de familias que se correspondían con nuestro criterio de selección de casos: a) Familias pobres vinculadas a la red estatal y programas sociales con participación local. b) Familias pobres que obtuvieron sus viviendas con subsidio social a través de sus ahorros individuales y que se vinculan al Estado a través de programas de ayuda individual. Ambos tipo de familias, como veremos posteriormente, presentarán diferencias significativas en términos de la integración social como de la satisfacción con sus viviendas y vecindarios.

⁵ Vivienda construida y subsidiada por el Estado para las familias de más escasos recursos.

Se seleccionaron para el conjunto de las tres villas, 22 familias que obtuvieron sus viviendas a través de programas individuales; y 22 familias que obtuvieron sus viviendas por participación organizada en programas sociales para la vivienda; y 4 familias que no lograron obtener sus viviendas. Para cada una de las familias se entrevistó a la madre por ser quién presentaba más disponibilidad para relatar la historia familiar en relación al Estado. Solo en algunos casos el padre de familia aceptó también entregar su relato, pero en general, siempre como complemento a la historia de la madre.

La tesis se organiza en tres partes. En la primera parte se abordan “Las paradojas de la política social en Chile” a través de dos capítulos. En el primero se entregan tres etnografías que dan cuenta del proceso a través del cual se construyeron tres conjuntos residenciales producto de las políticas de vivienda social. Para cada una de estas etnografías se construye un relato descriptivo y se entregan algunas claves interpretativas en relación a los procesos sociales allí ocurridos. En el segundo capítulo de esta primera parte se entregan algunas claves sociológicas para interpretar los procesos sociales ocurridos al interior de estas villas de pobladores de la década de los noventa. Junto con analizarse el papel que juegan los procesos de segregación urbana se entregan elementos históricos para problematizar el rol del Estado y sus políticas sociales en la construcción de la pobreza urbana y los procesos de integración social en Chile.

En la segunda parte del documento, se presenta “El pobre ante el Estado”. Esta parte se organiza en cinco capítulos, cada uno de ellos corresponde a una concepción del contrato social vigente entre estos pobladores. A través del análisis de los “*relatos de prácticas*” y de la entrega de un relato *in extenso* de un(a) poblador(a), se muestran y analizan cuatro dimensiones que nos aproximan a una mirada comprensiva de la construcción del sujeto poblador: las dimensiones del modelo del contrato social; las tensiones identitarias de estos individuos que viven la pobreza; el trabajo que cada uno, desde su experiencia de pobreza, realiza de sí mismo; y finalmente las lógicas de acción de estos pobladores frente al Estado, al mercado y a su comunidad.

Los tipos ideales del contrato social fueron construidos a partir de la definición de los principios que definían la acción del Estado frente a la pobreza y de los mismos pobladores: ¿Qué debe hacer el Estado para ayudar a los pobres a superar su condición? ¿Qué deben hacer los pobres para salir de la pobreza? Estos principios permitieron la formulación de cuatro tipos ideales del contrato social: a) Beneficencia y caridad; b) Protección y solidaridad; c) Comunidad y Derechos; d) Individuo y subsidiaridad.

En la tercera y última parte del documento se responden, a partir de las evidencias empíricas, tres preguntas esenciales a esta investigación: ¿De qué depende que un pobre prefiera un tipo de contrato a otro? ¿Bajo qué condiciones y por qué razones las políticas sociales inciden o no en la integración social y funcional de los más pobres? ¿Qué podemos concluir de la concepción del contrato social durante los últimos quince años; es decir, desde la recuperación de la democracia en Chile?

En el capítulo final se aportan al debate algunos elementos conceptuales para la construcción de una teoría del contrato social en Chile.

PARTE I
Las paradojas de las políticas sociales

Capítulo 1

De integrados y desafiliados

Cerro Navia, Maipú y Curicó⁶

En este capítulo se presenta, a través de un relato etnográfico, la historia de tres villas construidas por el Estado a fines de la década de los noventa. Estas historias fueron reconstruidas a partir del trabajo de campo realizado desde mediados de los noventa en Cerro Navia, Maipú y Curicó.⁷ Los tres relatos hablan de la vida de sus habitantes, de sus trayectorias de integración y desafiliación, y de su relación con el Estado y las políticas sociales. Las tres etnografías tienen como objetivo entregar antecedentes para comprender como a) hacen los más pobres de la ciudad para sobrevivir y hacerse de un espacio en ella; b) como “baja” el Estado y sus políticas a las localidades; c) y como ellas contribuyen o no a consolidar los procesos de integración social en las familias que allí habitan.

Como veremos, las tres villas nacen de un mismo tipo de intervención pública, esto es de la erradicación de campamentos (Programa Chile Barrio), pero a pesar del mismo punto de partida, las trayectorias y procesos de integración de sus habitantes se diferenciarán radicalmente.

En Cerro Navia nos encontraremos con una historia de integración inconclusa; en Maipú con una historia de desafiliación y olvido; y en Curicó con aquella historia de los asistidos de siempre.

⁶ En estas etnografías trabajaron las alumnas del Núcleo de Antropología Urbana de la Universidad Academia Humanismo Cristiano: Patricia Acevedo, Carla Cerpa, Cecilia Muñoz, Gabriela Palacios, Francisca Pérez, Marcela Moreno, Gladys Retamal, Francisca Riquelme, Daniela Serra, Elvira Valdivieso.

⁷ Ver anexo metodológico.

Integración y disputa

Villa El Resbalón de Cerro Navia

Vivir en la rivera del río Mapocho

A comienzos de los años noventa, para llegar al campamento El Resbalón se requería de tiempo y sobre todo de paciencia. Partiendo del centro de la ciudad había que atravesar las comunas de Estación Central, Quinta Normal, Pudahuel y Lo Prado... Sólo entonces aparecía Cerro Navia, comuna homogéneamente pobre, de calles estrechas, veredas cuidadas, de árboles grandes, viviendas modestas y pequeños antejardines.

Cerro Navia es una comuna pobre y constituye un buen ejemplo para caracterizar la concentración territorial que muestra la pobreza en la ciudad de Santiago. Esta comuna recibe en los años ochenta un importante número de habitantes producto de la erradicación de poblaciones de otros sectores de Santiago, como Las Condes. A fines de los años noventa la comuna contaba con 92 poblaciones y 11 campamentos. Con una superficie de 10,9 km² y una población cercana a los 176 mil habitantes, es una de las comunas más densamente pobladas de Santiago.

Allí en los márgenes de la ciudad de Santiago, emplazado en un gran sitio eriazo, a orillas del río Mapocho, basural de aguas grises y escaso caudal, se ocultaba campamento El Resbalón.

Hasta el año 2001 este campamento se componían de cerca de cincuenta frágiles y precarias viviendas de madera, cartón y latón organizadas en pasajes que daban forma a una U. Al centro, una improvisada cancha de tierra para jugar fútbol y una precaria sede social que funcionaba para reuniones y guardería de los niños más pequeños. Entre montañas de basura, arena y uno o dos árboles, el campamento ofrecía, a los ojos del recién llegado, un panorama desolador. En invierno el barrial y el caudal del río amenazante; en verano, la sequedad, el polvo, las garrapatas, los guarenes y el hedor penetrante del río.

El campamento El Resbalón fue tomando forma antes de pertenecer a la comuna de Cerro Navia, incluso antes que la misma comuna existiera y formara parte en ese tiempo del antiguo y legendario "Barrancas". Los antecedentes recopilados, nos hablan de un sector rural, rodeado de fundos y chacras, donde la única forma de cruzar el río era a través de troncos y donde el oficio de arenero y el cultivo de hortalizas eran las principales fuentes de trabajo de quienes habitaban el lugar. El nombre de "El Resbalón" proviene de un camino de tierra (o resbaloso fango en días

El término *campamento o población callampa* da cuenta de un territorio ocupado o "tomado" por sus pobladores con objeto de poder construir allí sus viviendas. A menudo estas viviendas son construidas con materiales muy precarios (latón, cartones, madera...) y no cumplen con condiciones básicas de salubridad. A menudo sus habitantes viven en situación de pobreza extrema y no poseen títulos de propiedad de sus sitios.

Asentamiento irregular es un concepto asociado a la regulación urbana y da cuenta de la irregularidad o ausencia de título de dominio de la propiedad por parte de sus ocupantes. Un asentamiento irregular no necesariamente supone que las viviendas que allí existen sean precarias o que quienes lo ocupan sean personas que viven en condiciones de extrema pobreza.

Población alude a sectores residenciales populares, construidos en general con subsidio; cuentan con todos los servicios básicos, construcción sólida.

El término *Villa* en cambio, surge en los años 90 para designar conjuntos de viviendas sociales cerrados y en territorios más pequeños que las poblaciones.

de lluvia) que comunicaba a las parcelas de aquellos tiempos. Origen rural y pueblerino que permite a los actuales habitantes de la villa construir un relato nostálgico de lo que fue su pasado:

“Era un pueblito El Resbalón, teníamos tres micros diarias, una a las ocho de la mañana, la otra a la una, y la otra a las siete de la tarde, era un pueblito. Para allá eran puros fundos, y aquí era una parcela, donde está el paradero de la micro, donde está la panadería, derecho para abajo era una parcela, y de aquí al frente para allá había otra parcela, y una que otra más casi por el derredor no más, había una comisaría chiquitita, en Huelén con La Capilla, donde están los otros departamentos nuevos, donde hay un colegio ahí...” (Yolanda, dirigente, Cerro Navia)

Desde principios de la década de los ochenta, la ribera sur del Río Mapocho, recomenzó a poblarse con nuevos habitantes. Producto de la crisis económica, a las familias de siempre se suman otras que llegarán de manera sigilosa y de preferencia en la noche a ocupar el borde del río. En el campamento El Resbalón, nadie sabía a ciencia cierta cuándo comenzaron a llegar las primeras familias. Algunos dicen que al menos hace unos 35 años; otros, que allí, a la orilla del río Mapocho, siempre han existido campamentos y chozas. Y es que en su memoria no hay grandes hitos que recordar. Relatos circulares, marcados apenas por las estaciones del año: El verano con sus culebras, garrapatas, zancudos y polvo; en invierno, las inundaciones, las goteras, el barro y los resfríos. Y las fiestas, la Navidad, el Año Nuevo, el Día del Niño, el 18 de septiembre y la celebración de los santos, recordaban y marcaban el ritmo del año.

En el año 2003 en Cerro Navia viven proporcionalmente más personas pobres (21.7%) que en el resto del país y la región metropolitana (18.7% y 13.1%). Sin embargo, entre 1996 y el año 2003 la comuna ha disminuido en un 5% su pobreza. En términos de la participación en la fuerza de trabajo el 2003 la comuna poseía tasas similares a la de la región. Pero, en términos de desocupados, ese mismo año la comuna tenía un 11.1% de desocupados, con promedios por sobre la media nacional y regional (9.7% y 9.3% respectivamente). En términos de ingresos mensuales por concepto de trabajo del hogar, se observa que mientras para Cerro Navia el promedio asciende a \$401.728, para la Región Metropolitana éstos ascienden a \$719.000, y en el país a \$535.000. Mideplan, Casen 2003.

Lo demás, hábil y empeñosa gestión de la ayuda que nunca, mientras se habitó a la orilla del río, dejó de llegar: la municipalidad, el Hogar de Cristo, el Fondo de Solidaridad e Inversión Social, algún político en campaña electoral, la Iglesia católica, evangélica o mormona... todos pasaban por allí, porque *"la gente nos mira diferentes; es que somos muy pobres, pero los otros tampoco tienen mucho; más que nosotros sí, pero cualquiera tiene más que nosotros"*. (Verónica P., Cerro Navia)

En el campamento, la organización de vecinos se centraba en la recepción de la ayuda y la distribución de bienes provenientes de la municipalidad o de las campañas políticas. Aunque la desconfianza e incredulidad hacia los políticos eran comunes a todos, siempre se agradecía la llegada de ayuda, en especial cuando se trataba de mercadería.

Los habitantes del campamento

En el campamento el Resbalón habitaban hasta 1999, cuarenta y cinco familias, es decir 170 personas. De estas familias la mayor parte eran familias nucleares biparentales con hijos menores de edad. La mitad de estas parejas eran convivientes y aportaban hijos de uniones anteriores. Muy pocas estaban casadas legalmente.

Entre los mayores de 15 años, la educación escaseaba, más de la mitad poseía educación básica incompleta. Solo 19 personas, en su mayoría varones, poseían educación media incompleta y 10 eran analfabetos. Es a partir de los quince años que la deserción escolar comenzaba a ser general entre los adolescentes. De un total de 16 jóvenes entre 15 y 21 años, sólo cuatro estudiaban.

En términos laborales, menos de la mitad de los pobladores en edad de trabajar se encontraba haciéndolo remuneradamente, menos de un trabajador por hogar. La mitad de los trabajadores han tenido un empleo estable y asalariado por más de dos

años, para el resto, la inestabilidad es la característica central de su inserción en el mercado de trabajo.

Los ingresos por concepto de trabajo se ubican para la gran mayoría de los trabajadores del campamento, bajo el ingreso mínimo. La mayor parte de los hombres trabajan como obreros de la construcción y/o albañiles; entre las mujeres predominan las lavanderas que trabajan en sus casas "*lavando ajeno*" y las cocineras que de manera ocasional se desempeñan en restaurantes y casinos; el servicio doméstico es un trabajo poco frecuente entre ellas.

Para el año 1997, de acuerdo a la percepción de sus habitantes, los principales problemas que afectaban a las familias eran la deficiente situación económica y la vivienda, pero también los problemas de organización entre vecinos. La satisfacción con su lugar de residencia, sin embargo era alta entre las familias, a un 67% de ellas le gustaba vivir a la orilla de río, aunque algo más de la mitad se habría cambiado si hubiese podido. (Encuesta Sur/Fos, 1997)

El liderazgo matriarcal

En el campamento El Resbalón, a pesar de los conflictos cotidianos entre vecinos, la participación en las iniciativas colectivas era alta. De manera espontánea los liderazgos se alternaban y superponían causando disputas, rumores y enfrentamientos entre vecinos.

En el campamento predominaba un liderazgo matriarcal; mujeres fuertes que desde perspectivas distintas, pero complementarias resolvían o aliviaban dos problemas centrales a la comunidad: la salud y la alimentación.

La sanadora

La señora Rosa, mujer maciza y elegante, de sonrisa amplia y genio cambiante, sanadora de oficio y líder indiscutible. Su particular historia de familia (parálisis degenerativa de los hombres) y la transmisión por parte de su abuela de capacidades paranormales, la transformaron en una sanadora y vidente especializada en *mal de ojo*, compostura de huesos y primeros auxilios. A ella no solo acudían los vecinos, en especial niños y jóvenes del campamento, sino también familias de otras comunas.

Sentada en la puerta de su casa, bajo la sombra de uno de los escasos árboles del campamento, poseía una ubicación privilegiada para atender a los enfermos o heridos que venían a solicitar sus cuidados. Posición privilegiada también para informarse de las riñas en la rivera del río y curar a los heridos; o atender a los jóvenes del "club de los voladitos", como las mujeres mayores llamaban afectuosamente a la pequeña casa ubicada en uno de los extremos del pasaje. Allí, protegidos de la mirada de los más adultos y de la policía, este "club" servía de espacio de sociabilidad y resguardado para los jóvenes consumidores de droga del campamento. El río en cambio, espacio más desprotegido y anónimo, era escenario frecuente de disputas y muertes entre pandillas de jóvenes. La señora Rosa atendía a unos y otros, evitándoles acudir a los servicios de salud donde ciertamente serían interrogados y detenidos.

La enfermedad genética que afecta a todos los hombres de su familia, permitió que la señora Rosa desarrollara además una gran cantidad de vínculos con el municipio, instituciones de caridad, concejales, diputados, senadores e incluso el presidente y su señora. A partir de estos contactos, la señora Rosa accedía a recursos, cursos, sillas de ruedas, implementos para la curación de enfermos y un sinnúmero de subsidios

que le permitían a ella y su marido no trabajar y destinar el tiempo al cuidado de sus hijos y la comunidad.

El respeto que su quehacer despertaba entre los vecinos, le permitió por largos años ser una líder indiscutible al interior del campamento. Con un estilo de dirección y gestión maternal, alegre, autoritaria y personalista, la señora Rosa convocaba a todos. Su pasaje, decorado como ningún otro, era ciertamente el epicentro de las fiestas a lo largo del año.

La celadora

En el resguardo de la comunidad trabajaba también la señora Yolanda. Mujer de 65 años, menuda, de difícil sonrisa, de andar rápido, decidido y que poseía el único huerto del campamento. Como buena inmigrante del sur de Chile y de tradición campesina, su cuidada vivienda estaba rodeada de vegetación, flores, verduras y frutales que crecían bajo el cuidado de su dueña. Preocupada de la alimentación y la higiene, la señora Yolanda velaba con especial cuidado por los niños de la vecindad. Estaba al tanto de todas las situaciones de hambre, de maltrato y descuido de algunos niños del campamento.

En tiempos de cesantía generalizada no dudaba en organizar ollas comunes, compartir los productos de su huerto, recorrer con otras vecinas las ferias para pedir los restos de verduras, golpear la puerta del Hogar de Cristo, las oficinas de la alcaldesa y las asistentes sociales para pedir ayuda.

Su preocupación por la sobrevivencia e imponer una cierta calidad de vida y normas de convivencia, le valieron con el tiempo, el reconocimiento de una parte de la vecindad, pero también el transformarse en la principal interlocutora con las entidades gubernamentales que posteriormente se instalarían en el campamento. Con la señora Rosa, compartieron la dirección de la organización vecinal por un buen tiempo, aunque las diferencias de gestión y disputas por la toma de decisiones eran parte de la relación entre ellas.

El estilo matriarcal de ambas mujeres, sin embargo, logró incluso imponerse a los intentos de un joven y letrado carpintero por cambiar el estilo de la organización. Tras casi un año de recolección de fondos entre vecinos, el joven dirigente logró organizar una gran fiesta de Navidad. La disputa por el destino de tales fondos llevó a que la fiesta terminara en un gran campo de batalla entre vecinos y el fin del liderazgo de este carpintero.

La agudización de la crisis económica y la cesantía de aquel tiempo (1997) favorecieron la vuelta de ambas líderes a la cabeza de la comunidad. Centradas en la olla común, la recepción de recursos para la comunidad y la sanación, ellas volvieron a ocupar un espacio central en la organización de vecinos.

El deseo de una vivienda

Desde mediados de los años noventa, la municipalidad y sus asistentes sociales comenzaron a visitar regularmente el campamento para incentivar a las familias a ahorrar para una vivienda. Sin embargo, eran pocas las familias que sentían la necesidad o simplemente creían en la posibilidad de cumplir este sueño. La satisfacción con el lugar y el temor a ser erradicados a otras comunas también jugaba en contra. La experiencia de la vecina Sandra y sus dos hijos, que por el Programa Mujeres Jefas de Hogar había obtenido su casa en la comuna de San Bernardo, pero que volvía semanalmente al campamento en busca de ayuda para sobrevivir, los reforzaba en su desconfianza. Era la primera persona que obtenía su vivienda y la primera en regresar.

No es sino con la llegada de organismos no gubernamentales concertados con el municipio que la idea de apostar a un cambio en sus vidas comienza a tomar forma. Se constituye una mesa de coordinación entre estos organismos no gubernamentales, la municipalidad y las dirigentes. El objetivo propuesto era trabajar organizadamente para la erradicación del campamento y la obtención de viviendas propias.

Las primeras reuniones entre los habitantes y las instituciones serán de difícil comprensión. Los habitantes exigen ayuda concreta (bienes) y las instituciones ofrecen solo asesoría y actividades para formalizar la organización. Las resistencias y desconfianzas se dejan sentir. Aún así, a mediados del año 1997 se inician una serie de talleres al interior del campamento que reforzarán la participación y progresivamente el deseo iniciar una nueva vida. Las reuniones mensuales en la mesa de coordinación posibilitarán que las dos dirigentes más antiguas se preparen para liderar este proceso.

Es sin embargo, con la llegada del Programa Chile Barrio que la certeza de los recursos para la vivienda adquiere fuerza entre los dirigentes y pobladores; progresivamente la idea y la aspiración de migrar de la orillas del río Mapocho en pos de una casa propia adquiere forma entre los vecinos.

La ceremonia de la integración

El año 1998 se inaugura el Programa "Chile Barrio" que contempla entre sus acciones el fin de los 955 campamentos existentes en el país y el traslado de sus habitantes a viviendas sociales. El Resbalón es uno de los campamentos que deberá ser trasladado a una villa.

El día que los terrenos asignados para la construcción de las viviendas son comprados por el Ministerio de Bienes Nacionales, el municipio en conjunto con el ministerio de Justicia, el de Vivienda y el Programa Chile Barrio deciden festejar con los pobladores. La ceremonia, a modo de celebración de un rito de pasaje, consistirá en la unión en matrimonio legal de una pareja del campamento. Los elegidos para esta ceremonia son la señora Rosa y su marido. Los padrinos del nuevo matrimonio serán los ministros y la alcaldesa. A la ceremonia, realizada en los nuevos terrenos frente al río Mapocho, asistirán todos los vecinos. La prensa cubrirá y publicará el hecho celebrando este nuevo matrimonio con 15 años de convivencia y seis hijos a su haber.

La señora Rosa, será consagrada por el Estado y su ceremonial como símbolo del proceso de integración social que se inicia a partir de ese momento. Casada y con padrinos oficiales ella reafirmará frente a los vecinos su liderazgo y ciertamente su amplia y eficiente red de contactos sociales. La ceremonia constituye en cierta forma el hito simbólico que marca el inicio de una nueva vida para estas familias, se pone así término a la vida en las fronteras y la ilegalidad. Tras la ceremonia, muchas serán las familias que comenzarán a anunciar que se casarán y bautizarán a sus hijos una vez trasladados a sus nuevas casas.

El ceremonial de las viviendas

El 26 de Octubre del año 2001, las familias del campamento El Resbalón recibieron sus nuevas viviendas junto a familias provenientes de otros campamentos y poblaciones a quienes nunca antes habían visto.

La entrega de la llave de sus viviendas se acompañó con una gran ceremonia. Asistirá el Presidente de la República, la primera dama, el ministro de la vivienda, la alcaldesa, el director del Programa Chile Barrio, senadores, concejales y autoridades de otras instancias públicas. Ubicados en una palestra bajo una carpa levantada para la

ocasión, formal y elegantemente vestidos los pobladores emocionados, escucharon cinco discursos: la alcaldesa, dos dirigentes, el ministro de la vivienda y el presidente.

En un lenguaje coloquial la alcaldesa recordó el trabajo realizado desde 1996 en adelante con los campamentos, destacará el hecho que no quede en la comuna de Cerro Navia ninguna familia viviendo en campamentos. Celebró la fuerza de la organización de pobladores y “el acto de justicia” que simboliza la entrega de las viviendas a quienes han esperado más de 20 años para obtenerlas. En seguida, tomó la palabra, la señora Yolanda y en un breve discurso agradeció simplemente a cada una de las autoridades y asistentes sociales. El ministro por su parte, en un largo discurso celebró la radicación en la comuna de origen y “el bonito esfuerzo” de los pobladores y las mujeres jefas de hogar. Les recomendará cuidar su nuevo barrio y pagar los dividendos llamando a la responsabilidad para con otros sin casa de este país. La ceremonia fue clausurada con el discurso del presidente, quien agradeció y celebró a la organización y sus dos dirigentes el esfuerzo realizado, porque “la obligación de la democracia, de un gobierno, es cuando hay organización dar la mano y juntos seguir adelante”. Explicará finalmente las gestiones del gobierno para disminuir las consecuencias de la cesantía y alentará a los pobladores a continuar apoyando su gobierno. Finalizará la ceremonia con la entrega de los títulos de dominio y las llaves de sus nuevas viviendas. Emocionados los pobladores se apresurarán a entrar a sus casas.

Los excluidos

El mismo día, terminada la ceremonia, las familias del campamento debieron trasladar a pie sus enseres a las nuevas viviendas. Separados por una calle simplemente, la mudanza no tardó más de un par de horas. Al poco rato la municipalidad había cerrado el viejo terreno para evitar que nuevas familias se volvieran a instalar a las orillas del río.

No todas las familias lograron obtener sus viviendas, algunas se allegaron a algún familiar, otras – visiblemente conmovidas - debieron ubicar algún sitio eriazo en las inmediaciones para instalar sus mediaguas. Es la historia de Jorge, hombre de 46 años, soltero a cargo de su hermano enfermo, que nunca creyó ni entendió las condiciones para postular al subsidio. En plena ceremonia de entrega de las llaves, y desesperado ante las evidencias del desalojo, suplicaba sollozante alguna ayuda a las autoridades municipales. En medio de la euforia y la confusión que reinaba en el lugar, Jorge logrará que la alcaldesa mande a instalarle una pequeña mediagua en un sitio cercano que él deberá arrendar. Dolido, sabe que ha quedado irremediablemente excluido de la comunidad. *“Me siento mal, siento pena... había un grupo aquí (se emociona); entonces ahora se pierde; me va a quedar cerca, pero no es lo mismo que aquí, yo salgo aquí y saludo a todos; a veces yo traigo de Mapocho choritos, y les doy a ellos, siempre comparto con ellos, pero ahora va a ser diferente...la mala suerte.”*

Algunas mujeres, en cambio, amparadas en el hecho que las políticas de vivienda sociales las priorizan en la asignación de la propiedad, decidieron separarse y mudarse a la nueva casa solo con sus hijos. Encerradas bajo llave, sus parejas las maldecían y amenazaban a viva voz desde la calle.

Las nuevas casas: nosotros y los otros

La Villa Nueva Resbalón se compone de 92 viviendas de aproximadamente 50m², pequeños balcones y colores vivos que se distribuyen en torno a un espacio común. De estas viviendas, 80 son departamentos de 47 m² y 12 casa-taller de 63 m². Estas últimas son viviendas de tres pisos de los cuales el primero se destina a uso productivo.

Las familias que llegaron a habitar este lugar provienen en su mayoría de la misma comuna y de zonas cercanas a Cerro Navia. Sin embargo, las 45 familias del campamento El Resbalón, son quienes marcan mayor presencia al interior de la villa, no solo por número sino también por la fuerte identidad comunitaria y prácticas de solidaridad que existe entre ellas. A raíz de esto, la villa tiende a ser asociada por el entorno con el estigma de barrio “peligroso”.

Para los nuevos habitantes, en especial aquellos que provienen de poblaciones, este estigma los avergüenza, pero además contribuye a generar apelativos entre ellos. Estos apelativos coinciden con la modalidad de subsidio a través de las cuales ellas accedieron a sus viviendas: “los del frente”, “los del fondo” y “los de adelante”. Estas denominaciones ciertamente contribuyen a fijar las fronteras simbólicas e identitarias dentro de la comunidad.

Los “del frente” (de la rivera del río), son los vecinos provenientes del campamento y que obtuvieron sus subsidios de manera organizada. Se dice que con el traslado a las nuevas viviendas estas personas, aunque conservan una fuerte solidaridad entre ellas, también trasladaron “costumbres” propias a una cultura de la pobreza⁸. Están también “los del fondo”, familias que habitan los departamentos del fondo de la villa, y que son consideradas también marginales, sucios, violentos, sin vínculos solidarios entre ellos y de “malos hábitos”. El subsidio para la vivienda en general lo obtuvieron por asignaciones especiales e individualmente. Finalmente están “los de adelante” o “cuicos” (de clase alta) que corresponden a las familias que habitan las casas-taller ubicadas en la fachada de la villa. Estas familias poseen mejores ingresos y no provienen de campamentos. Todos postularon a los subsidios individualmente, pero en su condición de artesanos o microempresarios de la comuna.⁹

⁸ Por lo general, se refieren a costumbres como colgar la ropa desde las ventanas, no tener cortinas, tratarse a gritos, escuchar música fuerte, tener perros de forma irresponsable, no cuidar a los niños, despiojarse en la puerta de las casas...

⁹ Esta frágil frontera no está presente entre los niños y jóvenes, que comparte con todos.

Las fronteras identitarias en Villa El Resbalón

El sueño de la casa propia

En general, los nuevos pobladores de Villa El Resbalón están conformes con su vivienda, la saben mejor que muchas otras viviendas sociales.

Para las familias que durante años vivieron en campamentos, la obtención de una *casa sólida*, como ellos mismos la caracterizan, representa ciertamente, la realización de sus sueños y la gran posibilidad de mejorar su calidad de vida. La mayor parte de ellas percibe que sus nuevas viviendas constituyen la culminación de una larga trayectoria de pobreza y esfuerzo; allí esperan ver crecer a sus hijos y terminar sus últimos años.

En cambio, para las familias que provienen de otras poblaciones y obtuvieron su vivienda por sus ahorros y subsidios individuales, la vivienda sólo representa un paso más dentro de una trayectoria de movilidad social que recién comienza. La casa constituye un activo (C.Moser, 1996) que se espera poder algún día vender o arrendar; para así poder cambiarse a un mejor lugar.

La aspiración a la integración: desconfianza y disputa

En la Villa El Resbalón los primeros tiempos de convivencia no podrían ser descritos como un proceso tranquilo. Si bien todos sus habitantes aspiran a la integración social, integración que les permita sentirse un habitante más de su comuna, de su ciudad y su país, los principios y los códigos morales que subyacen a esta legítima aspiración no son compartidos. La diversidad de percepciones e interpretaciones de los vecinos en relación a los términos sobre los cuales construir la integración deseada es punto de fuerte disputa. La desconfianza, el miedo y la inseguridad están en todos ellos.

“En la misma villa, las vecina prefieren que los niños no salgan a jugar, prefieren que estén encerrados. Es que, con lo que está pasando, la gente tiene miedo a largar a los niños a la calle. A veces, llega aquí, entra gente que uno no conoce, eso es lo que pasa, ese es el miedo que tiene la gente, sobre todo en la noche, que los pasillos son tan oscuros. La gente le da miedo poner ampolletas, se las roban, ese es el miedo que tienen las mamás de mandar los chicos afuera. Aquí, los fines de semana son jodidos, ya se han entrado a robar aquí, en la sede, en las casas, falta más vigilancia aquí... Lo que planteó la presidenta, que está ahora, es juntar pitos, si se ve algo raro, hacer sonar el pito, y otro se encarga de llamar a carabineros. (Juan, dirigente, Cerro Navía)

La disputa por los términos de la convivencia y los códigos de la integración social estaban siempre presentes, demarcando y fijando las fronteras entre vecinos. La distribución de las viviendas y la ubicación de las familias ciertamente facilita una cierta segregación entre ellas según origen, y también una “vigilancia o control” de todos y cada uno de los grupos de familias sobre los otros.

El temor de los que aspiran a la movilidad social

Para todos los pobladores, tanto aquellos que vivían como allegados en poblaciones o bien en un campamento, llegar a vivir a una villa representaba un signo de distinción y de mayor status. Aquellos pobladores que provenían de poblaciones sin embargo, se

sentirán prontamente defraudados. La convivencia obligada con las familias provenientes de campamentos y cuyos códigos hablan de una cultura de los márgenes, está a la base de esta desilusión y la vergüenza que les produce el que puedan ser asociados a estas familias de *mal vivir*. Y esto no es un asunto menor para quienes su expectativa era cumplir el sueño de una vivienda propia, un vecindario tranquilo, espacio ordenado, estética homogénea, áreas verdes bien cuidadas y una ocupación normada de los espacios comunes.

Para estas familias la integración y el logro del reconocimiento social no es sino una pugna de cada uno y los suyos, y donde el esfuerzo, el trabajo, el resguardo de la privacidad familiar constituyen los códigos que están a la base de sus trayectorias de movilidad e integración social. Estos son los llamados habitantes “de adelante”, familias de casas-taller, artesanos y trabajadores independientes y con mejores niveles de vida que el resto del vecindario:

“Lo que más deseo es que (la villa) sea..., que no parezca lo que parece. Que cambie, que la gente aprenda a vivir, me entiendes, que no sea tan “ah, vives ahí, que ordinario”, hacer valer el condominio... La gente, claro, venía de campamento, pero sabemos vivir dignamente. En cuanto a eso, para mí es lo peor, en cuanto a las casas estamos llenas de perros (...) Limpieza, como punto principal, me van a botar todas esas porquerías que están allá atrás, aquí la gente, lo que es limpieza, lo que es los perros, el estacionamiento, la música (...) si quieren pelear, peleen, sáquense la mugre si quieren, pero afuera, tienen hartó espacio, pero los escándalos aquí se van abajo.” (Claudia, dirigente, Cerro Navia)

Para los vecinos de casa- taller, la experiencia de vivir en la villa ha estado marcada por los episodios de conflicto generados “allá atrás”. La poca educación y el mal vivir son señalados como la causa principal.

“Para mí estando encerrada estoy bien, pero ellos (hijos) no pueden estar así, pero cuando salen se ven las diferencias, se ven caras, se ven formas, la expresión...Es marcada la diferencia y es fome porque son todos los otros niños iguales. Son “choros”¹⁰, en la noche están hasta tarde en la calle, llevan otra vivencia y cuando salimos tengo que sacarlo en brazos hasta afuera porque le dan miedo los perros”. (Elisabeth, vivienda taller)

Para ellos el Estado y el municipio no han hecho si no premiar al más vivo y al que menos se esfuerza. La pobreza y no el esfuerzo para salir de ella, se han constituido en Chile en los principios de integración social:

“Lo que pasa que aquí la persona cuando postula a una vivienda, para tener mayor opción, tienen que ser pobrísimos, vivir en la miseria, entonces eso le da puntaje y le da más prioridad. Entre más pobre, más miserable es la gente, más oportunidades tiene. ¿Y después como paga? Y cuando la visitadora la va a encuestar: Estoy sin trabajo, hace tres días que no como, mi marido se fue, estoy sola, tengo cinco niños... bla, bla, bla, puras miserias. ¿Y como me dan un departamento, con que pago? ¿Por qué no nos dan la casa a la gente que realmente hemos luchado por ella?... Molesta que tengamos que vivir en la peor miseria para lograr esto. Que es lo que pasa, creen que al momento de tener la casa, la gente va a cambiar la manera de pensar, va a actuar de otra manera. ¡Noooo, si la gente está acostumbrada a vivir así! Tiene muy pegado el pobre: “Es que yo soy pobre”, “ es que yo siempre he sido pobre”. Y yo también, si no soy rica, pero tengo el espíritu de superación, me entiende? (Claudia, Dirigenta de asa taller, Cerro Navia)

¹⁰ Choros: desafiantes, envalentonados.

El temor de los que desean una comunidad

Para aquellos vecinos que vienen de campamentos la experiencia de haber vivido en comunidad, la presencia de redes de parentesco y la pobreza, marcan sus aspiraciones. Para ellos la disputa por la integración social se da sobre bases distintas. Si para los demás vecinos las prioridades se centran en el cuidado del entorno, la limpieza, las "buenas maneras" y la vida puertas adentro; para los vecinos de campamentos, la preocupación se centra en la recuperación de la comunidad perdida y el resguardo de la relación largamente construida con el Estado. La solidaridad y la confianza son los códigos básicos para hacer frente a la pobreza y el logro de cuotas mínimas de integración social. Estos son, ciertamente los habitantes que cuentan con una larga historia de pobreza y una tradición de organización a la orilla del río. La vivienda propia simboliza para ellos la culminación y el fin de una larga historia de invisibilidad. La comunidad continuará siendo sin embargo, el soporte central a sus vidas.

Y aunque la mayoría se muestra conforme con sus casas, la nostalgia de esa manera "comunitaria" de vivir a las orillas del río y de la protección del Estado permanecerá. La comunidad y el Estado son levantados como dos pilares básicos de la integración a esta sociedad, dos pivotes de una red de protección imprescindible para quienes a pesar de haberse transformado en pobladores siguen siendo igualmente pobres y estigmatizados. Estigmatización y discriminación que ya no proviene de los márgenes externos a la comunidad, sino desde las fronteras internas a la propia villa. Yolanda, antigua líder del campamento relata de manera aguda, como estas fronteras internas son reforzadas por cada uno de sus habitantes:

"Ellos (los vecinos de casa taller) nos miran en menos a nosotros. Ese día dijeron que tenían que presentarse en la reunión... Entonces ellas empezaron, yo soy fulana de tal de la casa-taller. Yo le dije, me llamo fulana de tal y soy de la casa pobre, de adentro, del departamento. Le pidieron que se presentara la persona, no la vivienda, y yo se lo dije a la vicepresidenta. Le dije, para otra vez presenten bien, a la persona no la hace... (la casa); porque nadie tenía interés en saber si era de casa-taller o de un simple departamento. La persona es la que vale, no la casa... Los que miran en menos son los de casa-taller, como que apocan, pero aquí yo creo, somos todos iguales."

En síntesis, mientras para unos, la villa debiera abocarse a apoyar y resguardar las aspiraciones de mejoramiento de la calidad de vida y movilidad social de cada una de las familias; para los otros, la tarea del vecindario no es sino el resguardo de la comunidad y la solidaridad entre iguales, en especial de aquellos que no tienen. Para estos últimos, la celebración de las fiestas, el resguardo de una cierta tradición comunitaria y la manutención del vínculo con el Estado constituyen principios con los que no se transa.

La nostalgia

Los habitantes de la villa a menudo establecen en sus conversaciones comparaciones entre su vida actual y la anterior. Por lo general, los que vienen de otras poblaciones extrañan la vida cotidiana de un lugar donde las redes de confianza estaban definidas. Asimismo, los que provienen del campamento, añoran la convivencia entre iguales y donde la pobreza no tenía que ser ocultada, por el contrario, compartirla era lo que generaba las respuestas de solidaridad entre vecinos. Sin embargo, en el campamento, así como se podía compartir, la comunidad también contaba con espacios de privacidad e intimidad. En el campamento no solamente las viviendas

eran más grandes, también el diseño y la intrincada distribución de sus viviendas posibilitaban siempre un cierto resguardo de la mirada del otro. Para los más jóvenes, el *club de los voladitos* y la rivera del río otorgaban los espacios de intimidad necesaria.

Rosa, dirigente, Cerro Navia: "Hecho de menos mi campamento, a la gente que nos reuníamos en las tardes. Por ser a esta hora estábamos todas afuera en la fogata, hacia frío, pero igual salíamos para afuera. Conversábamos entre nosotros, hacíamos onces en la sede para dar opiniones, cosas así... Aquí no, aquí cada uno se rasguña con sus uñas. Allá no, porque uno sabía si a alguien le faltaba un pedazo de pan; hacia colecta entre toda la gente y se ayudaba a esa persona que le faltaba. Aquí es como que se levantaron mucho..."

Ciertamente, el escaso tamaño de los departamentos y el reducido espacio colectivo contribuyen a reforzar una cierta idealización de la vida anterior. El diseño y la distribución de éstos impiden toda privacidad. Aunque así se desee es imposible sustraerse del grito, del conflicto, de la fiesta, de los que entran, de los que salen, del rumor y del comentario. Para los jóvenes es aún más difícil, la sociabilidad y la sexualidad no pueden sino vivirse en los extramuros de la villa, lejos de la mirada y el resguardo de sus padres y la comunidad.

La disputa del liderazgo

Al momento del traslado a las nuevas viviendas solo existía la directiva del antiguo campamento. Con el incentivo de la municipalidad, se realizó una elección donde de las 80 familias apenas votaron catorce. La nueva directiva quedó conformada fundamentalmente por personas de ahorro individual y de vivienda taller.

Esta organización se propuso como primera tarea sacar la ley de copropiedad para poder funcionar legalmente como un condominio y en cierta forma, consolidar la aspiración a hacer de la villa un espacio claramente distinto a las poblaciones y campamentos. El proyecto de estos nuevos dirigentes era elaborar normas de seguridad, comportamiento público, convivencia en comunidad, aseo y ornato según las normas legales. No es de extrañar entonces que quienes más se movilizaran para dirigir este proceso fuesen los habitantes interesados en normar y regular la convivencia entre vecinos; es decir, las familias de vivienda taller y subsidios individuales. Su segunda tarea era gestionar los arreglos de las viviendas por parte de la empresa constructora.

Desconfiando de la capacidad de gestión de la nueva directiva, la señora Yolanda optó por alejarse y guardar bajo llave los bienes obtenidos en el campamento gracias a un proyecto Fosis¹¹. El tiempo le daría la razón. La nueva directiva solo duró dos meses. La falta de representatividad, las dificultades para comunicarse con el resto del vecindario, en especial aquellas familias provenientes de campamentos, y la desaparición de la principal líder con dineros municipales destinados a equipamiento comunitario, terminaron por desprestigiar y disolver a su directiva.

No pasó mucho tiempo para que las viejas líderes y matriarcas volvieran a ocupar su sitio. Al poco tiempo, las dificultades económicas de las familias más pobres se hicieron sentir. Las nuevas viviendas junto con traer una mejor calidad de vida, exigían mayores gastos para el pago del dividendo, el agua, la luz y el gas. Con el mismo nivel de ingresos las familias no podían cubrir los nuevos gastos. Algunas

¹¹ Fondo de Solidaridad e Inversión Social. Los bienes son: una mesa de ping pong, un televisor, un video grabador, mesa, sillas, aparato para tomar presión, botiquín; y un taller para la fabricación de velas que solo funcionó mientras tuvieron insumos del proyecto; pero no logró generar ingresos.

desesperadas volvieron a la orilla del río a cocinar con leña, otras simplemente comenzaron a alumbrarse con velas o simplemente dejaron de pagar sus dividendos.

Se reinstaló así un estilo de dirigencia sustentado en las confianzas, los vínculos comunitarios, la ayuda a los más pobres y la defensa de sus intereses como lo ilustra la fuerte defensa de sus perros ante los intentos de la nueva dirigencia por imponer la eliminación de aquellos más enfermos y que aparentemente no tenían dueños.

Rosa, dirigente, Cerro Navia: “La reunión se hizo para los containers, sobre la cuestión de la basura, sobre las áreas verdes, los proyectos, todas esas cosas. Yo poco entendí, no se cuántos números están metidos, yo lo único que hacía era escuchar no más. Y sobre los perros, los famosos perros callejeros... quieren venir a ver si pueden eliminar a los perros. Pero es que no se puede¿¿ ¿Sabe por qué? Porque la Municipalidad puede mandar a que boten todos los perros, pero...¿y si tienen dueño? Ellos no pueden llegar y mandar a matar un animal. Aquí vinieron a matar hartos perros, pero la mayoría de la gente los escondió. Por ser aquí donde estoy yo, tengo dos perros, el Chocolate y el Pirata. A esos nosotros los cuidamos porque en la noche aquí, se vienen del otro lado a robar...”

Con mayor capacidad de convocatoria y credibilidad, la nueva directiva funciona *informalmente*. El cruce de poderes y soterrada pugna de liderazgos entre los antiguos dirigentes del campamento y los nuevos líderes llegaba a su fin. Ciertamente el problema de fondo respondía a dos lógicas de ejercer la autoridad y liderazgo. Mientras la antigua directiva se levantaba sobre vínculos solidarios con los más pobres; los nuevos dirigentes, lo hacían sobre la autoridad que les otorgaba el vivir en viviendas taller y aspirar a una movilidad social. Lo cierto es que a pesar de la vivienda, las ceremonias y los proyectos de inversión comunitaria, la vida de las familias en términos de sus trabajos e ingresos no había cambiado; la pobreza era la misma y para muchos, ella se hacía más evidente. Un liderazgo afanado en fijar normas de convivencia, y de aseo y ornato carecía de todo sentido. Las urgencias y las prioridades eran las de siempre, alimentación y sobrevivencia. Las viejas matriarcas así lo comprendían.

El aparecido de la comunidad

A las pocas semanas de haberse disuelto la nueva directiva, ocurrió un hecho que contribuyó a recuperar entre las familias del viejo campamento, el sentimiento de comunidad. *El pelaíto*, como cariñosamente denominaban a uno de los hijos fallecidos de la sanadora, comenzó a aparecerse (penar) y a realizar jugarretas (mover cosas, botar juguetes....) en las casas de los antiguos vecinos del campamento.

El adolescente tenía 15 años cuando murió al poco tiempo de llegar a la villa; como todos los hijos hombres de la familia, sufría de una larga enfermedad de atrofia muscular que lo tuvo durante muchos años postrado. En el campamento era querido e integrado a la vida social como uno más. La muerte de este niño conmovió fuertemente a todas las familias que lo vieron nacer y crecer en las orillas del Mapocho. Se lo veló en la casa y los pasillos de los departamentos fueron adornados con flores y cintas.

Para su funeral la señora Rosa consiguió dos buses con un concejal de derecha de la comuna; se convocó a los medios de comunicación y se denunció el drama de este niño que debió morir en su casa y no en un hospital con los medicamentos adecuados¹². El ataúd fue llevado hasta el Palacio de La Moneda en señal de

¹² Este reclamo al gobierno no parece propio a la señora Rosa, ella parece haber surgido por iniciativa del

protesta; lo presidían la señora Rosa y el concejal de un partido de derecha. El recorrido fue ampliamente cubierto por los canales de televisión. Y aunque no lograron ser recibidos por el presidente le dejaron una carta en la que le pedían más y mejor salud para los más pobres. En aquellos días, coincidió que el gobierno anunciaba el Plan Auge¹³. La señora Rosa atribuye hasta hoy día la muerte de su hijo a este anuncio presidencial.

Al poco tiempo, la figura del “*pelaíto*” comenzó a aparecerse en las casas, pero solo de aquellas familias que provenían del campamento. El *pelaíto* se paraba en el umbral de la puerta y con zapatos negros. Cada una de estas apariciones anunciaba algún acontecimiento a la familia, el nacimiento, la muerte, un viaje, una enfermedad... Simultáneamente el *pelaíto* comenzó a botar cosas en las casas, se movían tazas, floreros y los juguetes se caían de las repisas: el *pelaíto* quería jugar.

La muerte, las apariciones y las jugarretas del *pelaíto* comenzaron a ser objeto de vivas conversaciones y preocupación de las familias que alguna vez lo conocieron en el campamento. Las mujeres reunidas en los pasillos y en los patios fueron recuperando la sociabilidad animada, siendo el centro la señora Rosa, antigua dirigente, sanadora y madre del *pelaíto*. Fue en esas conversaciones y discusiones acaloradas sobre lo que estaba sucediendo a las familias del campamento, que algunas vecinas recordaron que el *pelaíto* había sido enterrado sin zapatos a causa de la atrofia de sus pies. Los antiguos vecinos reunieron fondos, le compraron un par de zapatos y se los fueron a dejar a su tumba junto a algunos juguetes. El *pelaíto* se tranquilizó, pero se dice que aún anuncia las desgracias a las familias que lo conocieron y lo quisieron cuando vivían a las orillas del río. Hoy su tumba se ha transformado en una animita¹⁴, llena de juguetes, flores y velas. Con la muerte del *pelaíto* la comunidad volvió a recuperar cierta sociabilidad. Es en este mismo período que la señora Rosa, afectada por una fuerte depresión, recupera sus dones de sanadora y de vidente; a través de los sueños continuará anticipando hechos que suceden a las familias que habitaron el campamento.

Comunidad, integración y sobrevivencia

Hoy la convivencia entre vecinos se vuelve a reorganizar en torno al ritmo que imponen los hitos que marcan el año, las fiestas, las muertes y la gestión diaria de la sobrevivencia. Menos “proactivos” e igualmente pobres, estas familias mantienen un nivel de organización básica que al menos les permite mantener cierta convivencia, resolver sus conflictos, mantener las solidaridades básicas con los más pobres del vecindario e interlocutar con el municipio. Reestablecida una dinámica de convivencia centrada en el día a día y los gestos cotidianos de solidaridad, la comunidad y las confianzas parecieran reconstituirse.

Una comunidad que a pesar de la casa propia, de las políticas sociales de inversión local y el esfuerzo del ceremonial público por otorgarles una carta de ciudadanía, sigue viviendo al ritmo de la pobreza, de la urgencia de la sobrevivencia y de la

concejal (de oposición al gobierno). Al relatar la muerte de su hijo, la señora Rosa se pregunta si ella no habrá sido “utilizada” por el concejal, como le dijo, en aquella ocasión, la alcaldesa (partidaria del gobierno). Ciertamente ello es posible, como buena sanadora que es, bien sabía cuidar a su hijo en el propio hogar, pero la necesidad de contar con micros y ayuda para darle un buen funeral a su hijo era más importante. En esta misma lógica, de la necesidad y la sobrevivencia, es que debe comprenderse el hecho que a pesar de la cercanía de los pobladores a su alcaldesa (de izquierda), la mayoría vote por la derecha. En las campañas electorales ciertamente los candidatos de derecha no dudan en ofrecer todo a cambio del voto.

¹³ Reforma de la Salud que prevee la cobertura de enfermedades catastróficas para quienes no pueden ingresar al sistema privado de salud.

¹⁴ Animita: pequeño santuario donde se reza al muerto y se le piden favores a cambio de algún sacrificio o regalo.

incertidumbre de no poder costear los gastos que implican el ser propietario de una vivienda.

Joselyn, Cerro Navia: "Aquí la gente trata de ocultar su pobreza, porque tiene que ser mucho para que vayan a golpear a una casa y pidan algo. A mí me han pedido, han venido a pedirme una verdura, un limón, un poquito de fideos, pero eso la entristece a uno. Le duele el alma ver que uno puede apenas ayudar a una persona porque si uno tuviera más, más la podría ayudar. Porque yo he visto gente así, en este pedazo yo he visto a tres personas sin agua por meses. Y yo he visto a la señora que tiene como siete niños acarreado agua en un tarro de allá del último block para acá. Yo decía, como los vecinos del lado no le dan agua? Entonces es mucha la pobreza en esta villa. Y más encima que cada uno vive su vida no más, al vecino no le importan si el vecino no tiene para un pan, no le interesa, total él tiene para comer y los demás no. No es problema de ellos, porque si fuéramos un poquito más unidos, sería otra cosa. Se nota mucha rivalidad entre los vecinos... si ya estamos divididos. De esta mitad para allá, son todos limpios, y de aquí para acá somos todos cochinos, según ellos. Somos todos los más cochinos, somos los más delincuentes, somos los peor. Y no pues, si no es así... Por eso que tenemos tres tipos de personas, que es la persona luchadora, la persona dejada y floja, como la persona que lo tiene todo, que no depende de los demás, que ellos son ellos y no comparten con nada porque no necesitan ayuda de nadie, son independientes.

La definición de los términos de la integración social y un estilo de vida digno continúan siendo objeto de disputa. Lo que no pareciera ser objeto de discusión es que todos, absolutamente todos, aspiran a permanecer, si no en la villa, al menos en su comuna. La percepción de pertenecer a una comuna que los reconoce como vecinos y ciudadanos es ciertamente un logro de la intervención pública en este territorio. La identidad con Cerro Navia no responde al solo hecho de haber nacido o crecido en ella; sino por sobre todo a la percepción que allí han logrado ser reconocidos y respetados en tanto ciudadanos. Los gestos del Estado ciertamente son importantes: la preparación larga y cuidadosa que permitió de manera organizada ahorrar e incluso "optar" por su vivienda; la satisfacción con sus nuevas viviendas y una villa que reconocen más hermosa y mejor terminada que muchas otras; una ceremonia pública imponente que los visibilizó en tanto habitantes de su comuna; una disposición del municipio y su alcaldesa a acudir a la villa y escuchar las demandas de los vecinos; la disposición de nuevos fondos que permiten continuar fortaleciendo la organización y hermosear algo más los espacios comunes.

Pero en Villa El Resbalón, a pesar de la presencia del Estado y la perseverancia de la comunidad solidaria, sus habitantes continúan siendo igualmente pobres y su integración aún inconclusa.

La villa sin nombre

Maipú

Segregación y abandono

La villa sin nombre

En la periferia de la comuna de Maipú, entre la avenida Ferrocarril y el canal Santa Marta, existe una villa, de la cual, nadie, ni aún la municipalidad, conoce con certeza su nombre: San Arturo, Don Arturo, Los Héroes, Carlos V... La villa – a pesar de haber sido construida con fondos públicos - tampoco posee existencia legal ni se la encuentra en los mapas de la ciudad; a ella no llega locomoción colectiva, tampoco ambulancias y rara vez la policía. Desde 1999 sin embargo, allí habitan 408 familias.

La villa se compone de 46 edificios - que sus vecinos llaman “las naves” -, cada uno de tres pisos y 12 departamentos que dan a un pasillo común. Cada departamento no supera los 44 metros cuadrados y en ellos viven un promedio de cinco personas por familia. De diseño simple, pero colores alegres, la villa asemeja a una más entre muchas otras. Con escasas y deterioradas áreas verdes, una sede social completamente destruida y saqueada, la villa ofrece un panorama de aridez y desolación a quien por primera vez la visita.

En esta villa viven por lo general, familias con niños pequeños de cuatro a cinco personas que llegaron de comunas diversas a través de subsidios individuales y colectivos (programas sociales convencionales y programa social participativo).

La población adulta, en su mayoría joven (40 - 45 años), tiene estudios secundarios incompletos. Sus hijos en cambio por lo general, se encuentran realizando estudios en liceos comerciales o técnico industriales.

Para el año 2000, el ingreso promedio de las familias entrevistadas era menor o equivalente al sueldo mínimo. La escasa participación laboral de las mujeres, el alto número de hijos en edad escolar y los nuevos gastos que implican vivir en una casa propia, vuelven la situación económica de estas familias especialmente difícil. Tras la erradicación de sus comunas de origen, muchos hombres perdieron sus trabajos; para ese mismo año sólo dos de cada siete personas económicamente activa tenía trabajo estable (en construcción principalmente). Los restantes se empleaban en trabajos

En el año 2003 en Maipú viven proporcionalmente menos personas pobres (10.5%) que en el resto del país (18.7%). Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en el país y la región metropolitana, en la comuna de Maipú la pobreza ha aumentado entre el año 1996 y 2003 en tres puntos porcentuales. Ello se explica fundamentalmente por la política que ha vivido esta comuna de construcción de conjuntos de viviendas sociales y la recepción de familias pobres de otras comunas de la Región Metropolitana. En términos de la participación en la fuerza de trabajo el 2003 la comuna poseía casi tres puntos porcentuales más de activos que el promedio de la región. Ello se explica fundamentalmente por la importancia de una clase media profesional al interior de esta comuna. En términos de desocupados, ese mismo año la comuna tenía un 10.7% de ..

ocasionales como cartoneros y carpinteros; en el caso de algunas mujeres, planchado y aseo en viviendas de Maipú.

La casa propia: ilusión y engaño

En una cosa todos los vecinos están de acuerdo, los dividendos son demasiado altos para sus ingresos y la calidad de las viviendas. Pero nadie, ni aún el dirigente de la junta de vecinos, logra entender por qué poco antes de recibir sus departamentos se les exigió firmar ante notario una declaración por ingresos familiares superiores a los reales. Frente a la posibilidad de no obtener sus viviendas, todos firmaron. Aparentemente era la fórmula que el Estado, entrampado en sus propias normas, encontraba para otorgar estas viviendas a familias que carecían de los ingresos suficientes para pagar los dividendos.¹⁵ El resultado es que para muchas familias el monto mensual del dividendo equivale al 50% de sus precarios ingresos. La morosidad llega por ende, al casi 100% de los hogares. La percepción de haber sido engañados y forzados a firmar está presente en todos ellos:

“Yo llevaba mi liquidación de sueldo, \$100.000.-, eso era lo que yo ganaba, reconocido por el municipio y en todas partes... pago un impuesto para poder trabajar en la calle. Llegamos allá donde estaba el mapa y se escogían los departamentos, donde se entregaban los documentos; y el gallo¹⁶ que atendía nos dice que con ese sueldo no podíamos postular a ese departamento. – Vayan a la notaría que está abajo y declaren \$220.000 – La cosa era tan rápida que bajabas y te tenían la declaración lista. Era cosa de llenar datos, nombre, tu carné de identidad, listo, se entregaba... Por supuesto, todos mentimos... Claro que hay culpa nuestra, si yo veo que no voy a poder pagar... Eso lo sé, pero la presión de quince años viviendo de allegados, y se te da la oportunidad... uno va y se arriesga. Sin ir más lejos, hay como veinte familias que no saben leer ni escribir y firmaron igual.” (Victor, presidente Junta de Vecinos)

Aún así, y aunque nunca pudieron ver sus viviendas antes de trasladarse a vivir en ellas, y la entrega se aplazaba una y otra vez, la noticia de haber salido asignados es recordada como uno de los momentos más emocionantes de sus vidas.

“A mi me avisaron como a las seis de la mañana que había salido (la casa); porque mi esposo trabaja en el diario...Entonces en la mañana él tomo el diario, lo empezó a ver antes que hicieran la entrega, me llamó por teléfono y cuando me dijo... En realidad, yo toda mi vida he “andado”¹⁷. Para mi fue algo maravilloso, o sea yo ya pensaba que..., además que a los años míos, encontraba que poder tener una vivienda a estas alturas. Lo encontraba lo más fantástico que me podía haber pasado en la vida. A esa hora frente a toda la poca gente que me conoce, a mi patrona... les avisé, lloré, grité y estaba feliz. Y lo único que quería era conocer el departamento. Vine muchas veces y fue muy emocionante, vine muchas veces, pero nunca pude entrar a verlo y realmente fue un poco defraudante, no se como es la palabra...” (Gladys N., Maipú)

“Fue todo lindo al principio, todo lindo porque cualquier persona se alegra de tener lo suyo. O sea te costó tanto que ahorrar, que el trámite, que desilusiones, que salió llamada, que no salió llamada y de repente salir llamada. Yo por ejemplo, yo me volví loca cuando salí llamada, gritaba y gritaba, yo jamás tomo, pero me mandé una curá¹⁸... o sea es lindo, es lindo de saber que vas a tener tu casa.” (Berta Q., Maipú)

¹⁵ La norma legal dice que el monto del dividendo no debe exceder al 25% del total del ingreso del grupo familiar.

¹⁶ Apelativo usado para denominar a una persona cualquiera.

¹⁷ Término para decir que nunca tuvo algo propio donde asentarse, vivir establecida.

¹⁸ Borrachera.

Perro, ahí tienes tu jaula

A pesar de las diferentes historias y aspiraciones de estas familias, el deseo de integración y reconocimiento está presente en cada una. Y aunque la vivienda la saben mejor que sus viejas mediaguas¹⁹, incluso mejor que las viviendas sociales de los años ochenta, todos ellos se saben excluidos, habitantes de los bordes de la ciudad. En este modelo de *ciudad segregada* y ciudadanía privada, la ausencia de rituales, ceremonias y festejos que celebren el inicio de una nueva vida se viven mal. Sin títulos de dominios, sin otro gesto que la entrega apresurada de la llave, los vecinos perciben que sus vidas no serán lo que ellos tanto soñaban y que el estigma de su pobreza aún los acompaña. Así contaban los pobladores de Maipú que se sintieron cuando les entregaron las llaves de su nueva casa:

"Yo pienso que la ceremonia era importante, porque es como el sello de tu sueño; o sea, es digno de... o sea, yo pienso que para todo lo que hemos luchado de estar de allegados, arrendando, pasando mil cosas, o sea, la ilusión de algo digno, era la ceremonia, y verse ahí poco menos que protestando ahí para recibir lo de uno...."

Es que yo ví la inauguración de la casa de mi hermana y fue a inaugurarla un cura, y fue el alcalde y todo, y fue bonita la ceremonia, pero aquí la emoción, no la hemos sentido.

Uno cuando inaugura, los departamentos salen en la tele. Hemos salido, pero por protestas...o crónica roja... me da vergüenza, porque prácticamente es como limosna.

Para mi hubiera sido... rico si por ejemplo, no importa si no hubiera estado el presidente, es lo de menos, pero una autoridad por ejemplo del mismo ministerio de la vivienda; hubiera dado su sermón ahí, un discurso, hubiera sido como más legal, más dedicado.

Si por que lo que nos paso a nosotros fue muy frío, muy helado, supongamos que aquí mismo está en la casa y en esa casa te van a entregar las llaves, así, ah, como que diciendo que... perdón la palabra, toma perro ahí tienes... tu jaula. Pero, claro son bonitos los departamentos y todas las cosas que tienes..., pero fue muy doloroso la manera de entregarlos.

Si, estoy con lo que él dice, en realidad fue bien humillante eso porque a nosotros nos dijeron: A usted le va a tocar al fondo allá en el departamento 301, vayan, caminen para allá no más, búsquenlo, allá me esperan. Y después apareció él... tenía que firmar un papel: Si quiere bueno y si no váyase, y decídalo luego...

Por lo mismo ahora no le podemos reclamar a nadie, por que nosotros no nos entregó una persona prácticamente adecuada a los departamentos como para después decir, esa persona nos entregó los departamentos, a esa persona le vamos a ir a reclamar y esa persona va a tener que responder. ¿Nosotros aquí a quién le reclamamos? ¿Al maestro que nos entregó las llaves? (Grupo de conversación de vecinos, Maipú)

Ciertamente, el Estado de los noventa resolvió el gran déficit habitacional que se acarreaba de las décadas anteriores. En Chile, en toda su historia, nunca se ha construido más vivienda social. Y ello ha permitido resolver el problema de los sin techo y allegados de este país. Sin embargo, aún así, ellos están descontentos. De lo que estos pobladores nos hablan es de ceremonial, de gestos, de símbolos que aglutinen, y que acompañen uno de los mayores esfuerzos de toda familia, como es la obtención de una vivienda. De lo que ellos hablan, finalmente es de los términos sobre los cuales quieren y aspiran a construir su relación con el Estado y la sociedad en su conjunto.

¹⁹ Vivienda precaria de madera y techo de latón.

La nostalgia de la comunidad

Entre los habitantes que llegaron a Maipú a través de un subsidio colectivo, están los habitantes del campamento El Arenal ubicado en un antiguo basural de Cerro Navia. Entre callejuelas y pasajes, ocultas tras una pequeña reja de hierro, se encontraban las veinte viviendas estrictamente ordenadas a ambos costados de un angosto sendero de ripio. Con viviendas y jardines amplios, de construcción simple, pero firmes, el campamento asemejaba a una población más; salvo que en este caso sus familias ocupaban ilegalmente un terreno privado.

El Arenal era un campamento que según el recuerdo de sus habitantes tenía más de veinte años. La gente fue llegando, con sus familias y sus conocidos desde mediados de los años ochenta. En sus inicios no había luz ni agua, pero la autogestión y la habilidad de las familias permitió que al poco tiempo contaran con todo: El agua, con un vecino buena persona; la luz, con un trabajador de Chilectra colgado de un poste, la presencia de la tele, los llamados a la alcaldía, las mujeres adelante, los hombres en la retaguardia para no ir presos. Veredas, rejas, limpieza y organización corrían por cuenta de los mismos pobladores. Hasta que los límites de la autogestión se hicieron evidentes en la solución de la cesantía y la obtención de la vivienda. Entonces vino el repliegue y el resguardo en la propia familia. Pobres, pero dignos. Estudio, limpieza, respeto, familia, deporte, trabajo, mucho trabajo formaban parte del código moral que la comunidad, como un todo, se construía en su campamento, que al decir de sus habitantes, no lo parecía.

Hasta que al campamento El Arenal llegó el Estado y su programa de erradicación, Chile Barrio. Hábiles en la organización y gestión de fondos no tardaron en reunir el dinero y ganarse proyectos para montar talleres de costura, las mujeres y carpintería, los hombres. Una vez erradicados a la comuna de Maipú, los pobladores pusieron a disposición de los nuevos vecinos sus máquinas y bienes obtenidos a través de proyectos sociales. Al poco andar, les fueron robando todo: la cocina a gas, los muebles, los implementos dejados en la sede social... Hoy, los pocos bienes que les quedan (unas máquinas de coser, unos vasos y platos) permanecen guardados entre reja en la casa de una antigua dirigente. La sede social, completamente destruida, no es más que un improvisado hotel de parejas, territorio de nadie.

Recluidas en sus viviendas y afanadas en la obtención de los ingresos para la sobrevivencia, las familias del antiguo campamento El Arenal ya no participan salvo en el cuidado de la pequeña iglesia evangélica que construyeron y la plazoleta que comparten, la más verde de la villa. Lo demás es simple sobrevivencia. En sus relatos, a pesar de la satisfacción con la vivienda, surge una y otra vez la nostalgia por la comunidad del viejo campamento.

El sueño de la casa propia

Entre las familias que postularon individualmente a los subsidios para la vivienda, la realización de sus aspiraciones está aún lejos de alcanzarse. La vivienda para muchos de ellos no es sino un paso más entre muchos otros que aún deberán dar. Para estas familias no hay nostalgia alguna, sino solo la aspiración de un futuro mejor. Proyecto familiar y no colectivo, de esfuerzo, trabajo, ahorro e incluso endeudamiento.

La villa, para estas familias, no puede sino representar aquello de lo que justamente se desea escapar: la pobreza y el mal vivir. En sus relatos se descubre la desconfianza y la desilusión de tener que compartir con familias cuyas costumbres y hábitos de vida están lejos de acercarse al estilo de vida deseado.

A diferencia de quienes tienen una tradición de organización y de participación colectiva en programas sociales, estas familias habitan menos el entorno de sus

viviendas y mucho más puertas adentro. La opción de construir un "nosotros" parece contraída a las cuatro paredes de la vivienda. Independientemente de su capacidad de pago, el pago de dividendos, agua o luz, no es un problema que se explicita, ello es asumido como parte del "contrato" formalmente contraído con el Estado.

La vergüenza de algunos

El sentimiento de vergüenza es recurrente en estos relatos, sentimiento del cual a menudo se prefiere no hablar. La vergüenza social, nace cuando la imagen de sí no se reconoce en la mirada del otro en tanto referente; esto es, en la mirada de los que no habitan en la villa. La vergüenza nace cuando el grupo de pertenencia, la comunidad en este caso, se confronta a una mirada exterior que cuestiona la idea que cada uno se ha construido de sí y de su propia vida.

Es el caso de los habitantes que provienen de poblaciones, que accedieron por subsidio individual y que buscan a cualquier precio afirmarse como diferentes a sus vecinos. Pero que sin embargo, tampoco logran ser reconocidos como un igual por aquellos otros que se perciben como referentes ideales de sí mismo (los que no viven en la villa). La ruptura y el esfuerzo para distinguirse de los más cercanos, los vecinos que provienen de campamentos, no pareciera ser más que una respuesta a estas situaciones de poder que engendran el rechazo y la estigmatización por parte del grupo de referencia, los otros. Entre estos habitantes la vergüenza terminará finalmente por engendrar el silencio, el repliegue sobre sí mismo, hasta el punto de la inhibición.

"Aquí las mismas cosas que han pasado han salido en los diarios, en la tele. Y uno va para otro lado y te dicen... ¡Oh! ¡Adonde vives tú mataron a tres personas! Da vergüenza eso, eso que la anden apuntando con el dedo, a mí me da vergüenza... Y uno no encuentra que responder. Es complicado porque mi hija fue al colegio y después llegó a la casa y me dijo, mamá sabes que me da vergüenza; incluso dije que no vivía aquí, aquí en estos departamentos... Pero sentí vergüenza, porque al ver que a mi hija (...) los niños del grupo le dicen, no vamos para allá porque hay volados²⁰, les tenemos miedo... Por eso muchas veces da vergüenza." (Claudia L., Maipú)

"A mí me tocó ir a pagar un dividendo al banco... y estaba en la fila, y estaba gente de las casas y hablaban cada cosa de los departamentos. Y yo estaba ahí detrás esperando. Y decían: Que hay que hacer firmas, que hay que hacer esto, que esta gente se tiene que ir, son lo último, son aquí, son acá... Y yo ya no aguanté, le toqué el hombro y le dije: Sabe, yo soy de los departamentos, pero no por uno vamos a echarlos a todos al saco. Yo puedo ser mucho más respetable que ustedes a lo mejor, pero no considero que un ser humano denigre tanto a otro ser humano." (Angélica P., Maipú)

La añoranza de otros

Para aquellos habitantes que provienen de campamentos, y que traen una historia de participación y pobreza, en cambio, no es el peso del estigma lo que más les duele y avergüenza. Para ellos, es la ausencia de gestos de solidaridad entre iguales y la ausencia de una vida comunitaria lo que más añoran y sienten.

"Sabes por que no me gusta acá, porque acá la gente no es igual que allá (en el campamento). Por ejemplo, allá nosotros éramos unidos, la gente, mucha de edad como ustedes, se juntaba con los jóvenes, vacilábamos, jugábamos a la pelota, no se andaban drogando. O sea igual se fumaban un pitito²¹, pero no se drogaban como se drogan acá. Allá la gente ayudaba a los

²⁰ Drogados.

²¹ Marihuana.

drogadictos y aquí no, aquí lo único que saben es marginar a los drogadictos y a las finales todos tenemos hijos...” (Beatriz R., Maipú)

“Donde vivíamos nosotros (campamento) la gente adulta tratábamos de sacar a la juventud de la droga. Sin apoyo de profesionales, o sea mamás y papás no más. Entonces que es lo que pasa que nosotros el día domingo las actividades empezaban a las diez de la mañana, hacíamos partidos de fútbol, hombres y mujeres, niños y todo el cahuín²², hacíamos partidos de fútbol con una parrilla en la cancha. Y teníamos una cancha de tierra, nada de pavimentado, por que esta es excelente cancha. La cancha la hicimos nosotros mismos y la parrilla ahí. Y todos nos poníamos con unas monedas y hagamos un asado y ahí almorzábamos en familia con los niños, con los jóvenes... si la cancha era como la segunda casa de todos.” (Gabriela E., Maipú)

El encierro, la soledad y la falta de solidaridad es lo que caracteriza a la villa según estos pobladores. Desconcertados, impotentes ante la desconfianza y la violencia que se ha apoderado de la vida barrial, estos pobladores simplemente añoran la comunidad que perdieron y no dejan de soñar en recuperar algo de este antiguo modo de vida:

“Lo rico sería que todos nos juntáramos, para el año nuevo, pusiéramos un equipo ahí en la plaza y todos bailáramos, y nos diéramos el abrazo, y tomáramos. Una cuestión así como yo vivía en la Florida. Y yo viví hartos años de chica y vivía en un pasaje y también son departamentos. Allá para los 18 los años nuevos y las pascuas ponemos el equipo afuera; todos bailan y es peor que acá, si es súper mala esa población e igual es unida la gente”. (Fresia L., Maipú)

Hacinamiento y calidad de la vivienda

La mala calidad, el hacinamiento, la promiscuidad y la falta de privacidad son los aspectos que más destacan de sus nuevas viviendas aquellos habitantes que provienen de campamentos. Acostumbrados a espacios amplios y adaptables a las necesidades de las familias, en el campamento la organización del espacio era flexible. Los nuevos departamentos en cambio simplemente los obligan a vivir en un espacio organizado de manera fija, rígida; y donde toda adaptación supone necesariamente transgredir el espacio común. El hacinamiento y la promiscuidad no eran características presentes en la vida del campamento; la forma intrincada y de laberinto que poseía la distribución y diseño de las casas aseguraba espacios diferenciados, y la compatibilidad entre la convivencia comunitaria y la intimidad privada. Las actuales viviendas en cambio, no solo por su diseño y tamaño sino también por su mala calidad, ponen a las familias frente a una situación de evidente stress ante la falta de espacio y las dificultades para mejorarlo y ajustarlo a las propias necesidades. Aún así, muchas familias se atreverán a transgredir las normas y construirán lo que requieren.

“Estos departamentos venían todos cerrados con rejas y la gente las ha sacado todas, se las han robado. Por ejemplo, aquí abajo se tomaron la pasada de tierra, hicieron un negocio, hicieron ampliaciones. Atrás hicieron los tremendos cobertizos, han construido hacia fuera, han agrandado todas las piezas. Hacia la villa San José donde se supone que es plaza, se tomaron los terrenos... se tomaron todas esas plazas e hicieron dos o tres piezas, más living-comedor. El señor que está haciendo el cobertizo acá dice que ese pedazo es de él; pero según la ley de condominios ese pedazo corresponde a las doce personas que residen en

²² Reunión en lengua mapudungun.

esos metros cuadrados. Hay mucha gente que fue a reclamar al municipio y el municipio contestó que ellos no pueden hacer nada.” (Victor, Presidente Junta de Vecinos)

Para las familias que provenían como allegadas, la falta de espacio no es un factor que les moleste especialmente, el hacinamiento existe pero al menos se vive en familia y no con extraños; ellas pasaron años viviendo así, como allegados. Pero sí les preocupa la mala calidad de sus viviendas y el deterioro del entorno. La aspiración de partir algún día las hace temer no poder venderlas a buen precio; la vivienda es percibida fundamentalmente como una inversión a mediano plazo.

“...al principio, bonito, pensar que íbamos a habitar e íbamos a pagar lo que iba a ser nuestro, al principio, o sea, los primeros prácticamente tres cuatro meses... , pero luego, notar la calidad que era la vivienda y para el precio que nosotros íbamos a pagar, la calidad de estructura que tenía la vivienda no compatibilizaba el hecho... Y si usted ha recorrido un poquito esto, prácticamente estamos bien dejaditos de la mano de la municipalidad referente a basura, escombros y todo eso; como de repente dicen en la municipalidad que todavía no existimos, como no está recepcionada esta villa. Entonces muchos hemos dejado de pagar por lo mismo... porque no vamos a pagar un departamento, la cantidad de plata que nos están pidiendo, la cantidad que nos sale el dividendo mensualmente, que vale cuarenta mil pesos y en otras comunas, en otras poblaciones, que son los mismos departamentos, de mejor calidad, que son de obra gruesa completa prácticamente, pagan dieciséis mil, dieciocho mil, hasta veinte mil los que pagan más... claro la ilusión bonita esa que traíamos de vivir acá por que Maipú es bonito, o sea, uno lo recorre y... pero lo que es esta villa, no tiene nada de bonita.” (Juan R., Maipú)

El Estado ausente

En esta villa sin nombre, sus habitantes tienen dificultades para explicarse la ausencia del Estado en su territorio. Los rumores que corren de boca en boca y las conversaciones de pasillo dan forma a la escasa sociabilidad entre vecinos: Que serán desalojados, que sus terrenos serán vendidos, que una gran tienda ha decidido construir allí, que los vecinos de los barrios más pudientes han exigido su expulsión de la comuna son algunos de los rumores que más se escuchan.

Lo que todos saben es que Maipú es una comuna de nueva clase media, la llamada clase *aspiracional*, y donde la pobreza no es bienvenida. Con escasas escuelas públicas, sin micros que entren a la villa, sin ferias donde comprar a buen precio, sin llegada ni ayuda de la municipalidad, sin títulos de dominio y sin ceremonial que consagre su nueva vida, los habitantes de esta villa se perciben abandonados.

“Lo que nosotros sentimos es que nadie nos toma en cuenta para nada. Porque nosotros vemos televisión y vemos por ejemplo que va el ministro de la vivienda, que va el presidente, que va el secretario, que va este, que va Pedro, Juan y Diego a hacerles una entrega oficial de la vivienda ¿verdad?, le entregan el título de dominio y todo lindo y todo fiesta. La televisión, y la radio, el diario y todos felices, y acá fue como que nosotros, como te explico... como me siento yo de como nos miraron, como que nosotros no valemos nada. De lástima te voy a entregar la llave y tu vives ahí, como quieras y como puedas. Y jamás se han preocupado si te mojas, que si tienes hambre si no tienes hambre. Aquí nadie se preocupa de nada. Ninguna autoridad se preocupa por nosotros, porque se han hecho hartos trámites, la directiva ha hecho hartos trámites, yo en mi caso particular me lluevo por montón. El agua me corre por las paredes en el invierno. He ido a hartas partes a pedir ayuda y no la obtengo. Me las he tenido que arreglar por mis propios medios...” (Pedro G., Maipú)

Las respuestas de los vecinos se van construyendo esporádica y desordenadamente: Tomarse la calle para exigir la presencia del alcalde, llamar a la televisión para contar su situación, contratar un abogado para gestionar sus demandas en frente al ministerio de la vivienda... Sin claro rumbo, las acciones se suceden una tras otras sin

jamás ver resultados; finalmente el sentimiento de impotencia frente a la invisibilidad: "*Nosotros no existimos*", decía una vecina.

Quienes participaron en programas colectivos en general conservan sus viejos vínculos con la municipalidad de origen, llevan a sus hijos al consultorio de Cerro Navia o Estación Central, mantienen la relación de amistad con la asistente social y visitan regularmente a sus antiguos vecinos. La solución a sus problemas la continúan buscando entre los cercanos y donde aún existe sentido de pertenencia y reconocimiento.

Para aquellas familias, que han llegado de manera individual, la necesidad de acudir a la nueva municipalidad ha sido una experiencia difícil y humillante. Sin embargo, la disputa por los términos de la relación suele darse con frecuencia.

"Yo fui hace poquito a pedir una ayuda para mi hija, hace dos semanas atrás, la tuve súper mal. Fui a pedir una ayuda y resulta que la visitadora me humilló todo este rato para poder prestarme la ayuda. Ella ... vino a verme a la casa si era verdad que yo vivía acá o no, imagínese. Entonces ¿Cómo se siente uno? O sea, tirada a la basura, humillada, incluso yo me puse a llorar allá en la municipalidad. Me dio rabia de ver a mi hija enferma, más encima que ella... no teníamos ayuda. Solamente que cuando yo ví que ella no hizo nada, yo le dije mire, entrégueme un papel, entrégueme todos mis papeles, yo me voy, pero esto lo voy a hacer público. Me dijo ella: para que? ¿y puede? Yo le dije que sí. Fue muy humillante, sobre todo la visitadoras sociales que hay en la municipalidad." (Tania P., Maipú)

El anonimato y la invisibilidad tienen sin embargo sus ventajas...poder vivir sin tener que pagar, aunque el costo sea no ser jamás escuchado:

"En estos momentos lo que menos nos conviene es que nos reconozcan, porque van a presionar a la gente con los dividendos y va a llegar un momento en que Serviu va a cerrar sus puertas y nos va a echar a la calle. No creo que nos vengán a desalojar, porque muertos nos sacarán de aquí; ese es un dicho que tiene la gente: ¡muertos nos sacarán de aquí!...Nosotros hemos seguido los conductos regulares, no hemos querido pasar a llevar a nadie, pero estamos llegando a un punto en que nadie nos quiere escuchar. Nosotros vamos a los canales de televisión, nos toman todas las entrevistas, pero cuando eso pasa al director para que apruebe el reportaje, no se aprueba y los periodistas han sido tan honestos que nos han llamado para explicar. Hemos llevado documentación, fotocopias, nos sacan foto y no hay caso..." (Víctor C., Presidente Junta de Vecinos, Maipú)

Bitácora de septiembre ²³

En pleno mes de fiestas patrias y comienzo de la primavera, los vecinos pudieron ver con alegría como en las inmediaciones de la villa, a un costado de la línea del ferrocarril, se instalaba una gran y colorida carpa circense. El entusiasmo sin embargo, duró poco. El circo lo componían fundamentalmente actores, malabaristas, domadores, payasos homosexuales y travestis. Indignados, un pequeño comité de vecinos acudió a carabineros a solicitar se les impidiera instalarse allí. Sin embargo, nada lograron. Paulatinamente, las canchas de fútbol, las pequeñas plazoletas y pasajes de la villa comenzaron a ser ocupadas por estos actores circenses que durante las tardes jugaban y ensayaban sus ejercicios con gran alboroto. Su presencia comenzó a volverse cotidiana, pero lejos de hacerse familiar y cercana a los pobladores, estos empezaron a temerles y a comentar su promiscuidad y exhibicionismo. Los pobladores indignados con "*esa gente que se anda exhibiendo de esa forma*" (escasos de ropa) comenzaron a temer por sus hijos adolescentes. El rumor de que algunos jóvenes de la villa se quedaban a dormir en el circo y se

²³ Este relato retoma antecedentes del cuaderno de campo de la alumna de antropología Paulina Pavez, Septiembre 2002.

prostituían a cambio de alcohol y drogas comenzó a rondar entre las familias. Enfurecidos, algunos padres se enfrentaron y agredieron verbalmente a los actores. Pasadas las fiestas patrias el circo partió, pero la percepción de haber sido violentados en su vida familiar y vecinal quedó entre todos los pobladores.

Fue durante esos mismos días también que una cadena de hechos violentos se fueron sucediendo en la villa uno tras uno. El día jueves 19 de septiembre la señora Alejandra murió desangrada en el baño de una vecina tras recibir una puñalada de su marido. Meses antes él había sido encarcelado por la denuncia de maltrato a su esposa y sus dos pequeños hijos. Y aunque los vecinos llamaron a una ambulancia para trasladar a la señora Alejandra a un hospital, esta jamás llegó pues no existe mapa alguno que permita saber donde se ubica esta villa. El marido aún prófugo, amenazó de muerte a los vecinos si ellos declaraban en su contra. Atemorizados, estos compraron unos silbatos para alertarse mutuamente en caso de ser agredidos.

Al día siguiente, 20 de septiembre, en horas de la madrugada un joven diez y seis años proveniente del campamento El Arenal recibió nueve puñaladas de un joven vecino de quince años. Según los vecinos la causa habría sido por *"un lío de faldas"*.

El día sábado 21 de septiembre, también de madrugada, un pequeño bebé de meses murió en el sueño y otro vecino se intentó suicidar cortándose las venas. Y aunque nadie sabe bien las causas, estos hechos comenzaron a ser leídos como señales de que la muerte ronda la villa. Asustados los vecinos comenzaron paulatinamente a dejar de hablarse entre ellos y a encerrarse en sus estrechas viviendas. Tal como le sucedió al equipo de antropólogos que trabajaba por esos días en la villa, las advertencias a media voz de "tener cuidado" pasaron a ocupar el centro de las escasas y rápidas conversaciones entre vecinos.

A pesar de los subsidios, de la viviendas, las aspiraciones a la movilidad, la nostalgia y el empeño por reconstituir la comunidad, los vecinos de esta villa tienen miedo; cada uno se sabe olvidado y lejos, muy lejos de lograr la tan anhelada integración y reconocimiento social. El abandono, la violencia, la invisibilidad y el estigma de su pobreza es lo que queda finalmente de esta historia.

Vivienda y asistencialismo

Santos Martínez de Curicó²⁴

Aguas Negras²⁵, sector poblacional, se encuentra ubicado en la zona sur poniente de la ciudad de Curicó, séptima región. Algunas de sus poblaciones surgen ya desde los años 50, caracterizándose por ser uno de los sectores más marginales y temidos de la ciudad. Muchas de las poblaciones ubicadas en Aguas Negras nacen a partir de tomas de terreno, erradicaciones y migraciones desde sectores rurales. Hoy Aguas Negras constituye el gran bolsón de pobreza de la ciudad de Curicó, territorio de nadie, que con solo nombrarlo despierta entre los curicanos exclamaciones y advertencias sobre su peligrosidad.

La etnografía que aquí se presenta fue realizada en una de sus poblaciones denominada Santos Martínez. Esta es una población relativamente joven nacida en la década de los noventa, en ella viven desde hace tres años 344 familias de bajos ingresos. Algunas familias, que provenían de campamentos, obtuvieron el subsidio para la vivienda colectivamente (Programa Chile Barrio) y otras, familias allegadas, a través de sus ahorros y postulaciones a subsidios individuales.

Este sector se caracteriza por estar urbanizado, sedes sociales, áreas verdes, alumbrado público, pero carece de servicios públicos.²⁶ Aquí se entregaron viviendas básicas, viviendas de construcción progresiva y también en comodato para ancianos.

El relato de sus dirigentes, a menudo autodesignados, nos muestra como a través del Estado y sus programas, pueden imponer decisiones y plazos en función de

En el año 2003 en Curicó viven proporcionalmente menos personas pobres (14.6%) que en el resto del país (18.7%). Asimismo se observa que entre el año 1996 y 2003 la pobreza ha disminuido sostenidamente en casi un 14%. En términos de la participación en la fuerza de trabajo el 2003 la comuna poseía tres puntos porcentuales más de activos que el promedio del país. Ello se explica fundamentalmente por la importancia que tiene en esta región el trabajo temporal en la fruta. En términos de desocupados, ese mismo año la comuna tenía un 7.8% de desocupados, con un promedio debajo de la media nacional y regional (9.7% y 9.4% respectivamente). En términos de ingresos mensuales por concepto de trabajo del hogar, se observa que mientras para Curicó el promedio asciende a \$406.000, para la VI Región éstos ascienden a \$372.000, y en el país a \$535.000. Mideplan, Casen 2003.

²⁴ Esta etnografía fue realizada en Curicó, en el sector de Aguas Negras, Población Santos Martínez Etapa III entre los meses de Mayo y Octubre del 2003. En esta etnografía trabajaron: María Elvira Valdivieso alumna de la escuela de antropología de la Universidad Humanismo Cristiano, Mildred Fuentes y Paulina Pavez de SUR, y Francisca Márquez.

²⁵ Traducción del término *Curicó* en mapadungun.

²⁶ Aunque en la población Santos Martínez no existe ninguna institución, sí existen en las poblaciones cercanas: Escuela Aguas Negras; Escuela Japón; Liceo Politécnico Aguas Negras; Jardines Infantiles INTEGRA; Consultorio los Aromos; Tenencia de Carabineros; 4º Compañía de Bomberos; Parroquia Cristo Resucitado; Iglesia Ejército Evangélico; Fundación de la Familia; Hogar de Cristo; Children International; Corporación NAIM; Colonias Urbanas de Verano Infantil.

una lógica que nada o poco corresponde a la de las familias involucradas. Lógica que a pesar de decirse “participativa” se vale de la organización y sus dirigentes para hacer efectivas decisiones ya tomadas. El relato de estas familias está lejos de ser de actores que participaron en un proceso. Por el contrario, salvo los dirigentes, el resto de los habitantes de Aguas Negras percibe ciertamente, que tanto la vivienda como la decisión de vivir en la actual población, se impusieron desde afuera a la comunidad de vecinos. Una vez entregadas las viviendas, la relación con el Estado volvió a ser fundamentalmente asistencial e individual. Ello explique talvés el fuerte abandono que se observa de sedes y espacios construidos por el Estado para su uso colectivo. Hoy el único espacio donde la vida colectiva se manifiesta es la feria. Levantada espontáneamente por las propias familias este es el único punto de encuentro y ayuda recíproca entre iguales. El único espacio donde la mano del Estado no ha intervenido, y donde las expresiones de ciudadanía surgen vinculadas a la cotidianidad y la ayuda mutua. El resto, es simplemente sobrevivencia, asistencia y encierro.

Las fronteras

La población Santos Martínez²⁷ terminó de construirse en 1999. El nombre “Santos Martínez” lo recibe del propietario que donó el terreno, José Santos Martínez, dueño de una carnicería de Curicó. Según sus habitantes era reconocido por su bondad. *“Dicen que era muy bueno; una vez a la semana repartía carne a la gente pobre; pero un nombre especial no tenemos; nosotros desde que nos entregaron acá lo conocimos como Santos Martínez Tercera Etapa, y específicamente nombre no tiene.”* Efectivamente el dirigente no se equivoca, su denominación responde a la misma que las poblaciones aledañas. Lo que hace la diferencia es solo un número que los sindicaba como la tercera etapa de un programa habitacional.

En Santos Martínez las fronteras sociales abundan y los espacios de encuentro escasean. Muchos de sus habitantes provienen de sectores cercanos, algunos de poblaciones donde vivían como allegados o arrendatarios, y otros de campamentos.²⁸ Las fronteras internas se construyen ciertamente a partir de las diferencias de origen de las familias, pero ello se refuerza con la distribución espacial de las viviendas organizadas en función del tipo de programa que provienen. Los pobladores hacen permanentemente referencia a este ordenamiento territorial al referirse a sus vecinos como *“los de campamento”, “los de allá abajo”, “los abuelitos de las casas de adulto mayor”, “los del fondo”, “las mujeres solas”, “los de allá, los indios”*. Términos que posibilitan no solo establecer las diferencias en su relación con el Estado y la política de vivienda, sino también fijar las fronteras que establece el origen social.

Las diferencias entre los vecinos se dejan sentir de manera permanente en las conversaciones y las denominaciones que unos y otros se dan. La distribución espacial no facilita tampoco el intercambio ni el conocimiento entre los distintos grupos de familias. Para los vecinos, hay diferencias claras entre las personas que venían de campamento y las que llegaron desde poblaciones. Estas percepciones quedan de manifiesto al referirse al modo de vida que llevan sus vecinos y la dificultad que tienen para relacionarse con ellos.

²⁷ La población Santos Martínez Etapa III tiene un total de 55.516,36 mt² de superficie. De este total, el 24,26% corresponde a superficie de vialidad; el 9,43% a superficie de áreas verdes y equipamiento; y el 66,31% a área habitacional.

²⁸ Salvo los pobladores que postularon por el Programa Chile Barrio (76 familias provenientes de campamentos), el resto de las familias (268) provienen de poblaciones diversas de la ciudad de Curicó.

“La gente de acá no se junta con los de allá... porque allá son personas de campamento, pero son todos familiares gente malula. Acá hay gente más... no puede decir uno que más rica, pero... yo encuentro que la gente es de lo más bajo que hay por allá... La gente de acá por lo menos es más civilizada; nosotros conversamos las cosas. Allá no, allá hay uno que grita... y le sacan la mamita. Entonces por eso la gente de aquí no se quiere juntar con los de allá. ... ¿Sabe que lo que pasa? Por ejemplo, para allá son de campamento, son personas de menos recursos que nosotros.”(Jeannette)

Los de Inca de Oro²⁹

El campamento Inca de Oro se formó el año 1996 a partir de una toma de terreno ilegal en la calle Mataquito de Aguas Negras. Cuando una familia se atrevió a instalar su mediagua, se comenzó a correr la voz:

“Nosotros todos éramos familias que vivíamos de allegados en las casas de familiares... Un día se presentó una oportunidad, que había un terreno botado por acá en Santos Martínez. Y por ahí empezó una familia a venirse a ese terreno, y por ahí se corrió la voz. Y cómo éramos varios los que se conocían se corrió la voz... que era ahí en calle Mataquito al fondo. Así como las personas nos conocían a nosotros nos dijeron acaso queríamos venirnos a la toma... y a través de eso después integramos como veinticinco familias más o menos en el terreno”. (Sandra R., Curicó)

Las autoridades llegaron un buen día, trataron de sacarlos, pero ellos no quisieron irse porque ya no tenían donde vivir. Estuvieron ahí un año. Organizados en un comité, conversaron con el alcalde de ese entonces y llegaron a un acuerdo: trasladarse a un terreno municipal al lado del río Guaiquillo con el compromiso de que la municipalidad limpiaría el lugar, pondría luz y agua.

En el campamento se hicieron visibles, las autoridades y la ayuda no dejaba de llegar: un concejal, hoy día alcalde de Curicó les organizó ollas comunes y repartió alimentos; la televisión y la radio, reportearon las condiciones de vida de las familias en el invierno; finalmente el Programa Chile Barrio les ofreció la solución definitiva.

Desde ese momento el comité, que ya existía, formalizó su estructura y se eligió una directiva. Así comenzaron a trabajar con el Programa Chile Barrio; se organizaron actividades para juntar el “*ahorro solidario*”, esto es, los fondos que de manera colectiva les permitieran tener un monto de dinero que serviría como pie de sus viviendas y para postular al subsidio.

No todas las familias lograron juntar el ahorro, de las veintiseis sólo diez y nueve obtuvieron sus viviendas, el resto se quedó o migró de manera dispersa a otros rincones de la rivera del río. Una vez instaladas en sus nuevas viviendas las familias no volvieron a reunirse ni a participar en actividad alguna.

²⁹ Entrevista realizada a Jorge C. del Campamento Inca de Oro, actual dirigente del Comité Solidario 28 de Septiembre en la Población Santos Martínez.

Los nómadas del Puente Rauco

La historia de los habitantes provenientes de Puente Rauco es algo diferente. Todos ellos migraron del sur de Chile, de Temuco, la mayoría mapuches. Fueron llegando paulatinamente, por temporadas, a trabajar en la cosecha de la fruta y en los packing de la zona de Curicó. Fue así como construyeron sus frágiles viviendas a la orilla del río. Algunos solo la ocupaban tres a cuatro meses al año para luego volver a Temuco. Para muchos de ellos la vida transcurría en un ir y venir permanente en busca de la fuente de trabajo. Muchos sin embargo, se fueron quedando, las mujeres trabajando como empleadas domésticas y los hombres como ripieros a las orillas del Río Rauco.

Todos coinciden en que la idea de una vivienda propia no estaba en sus proyectos familiares ni comunitarios. Pero, *“vino el gobernador un día y nos dijo que si queríamos existir, si queríamos ser alguien aquí en Curicó, teníamos que tener una dirección, una casa.”* (Norma M., Curicó)

El trabajo de organizarse no fue fácil, las familias no querían dejar sus precarias viviendas ni salir de las orillas del río, aunque todas coinciden que los inviernos eran difíciles. Sin embargo, la estrecha alianza entre la dirigenta del campamento (a quien las familias perciben como una advenediza al Estado) y el Programa Chile Barrio, permitió finalmente que las familias a pesar de sus resistencias, lograran sus ahorros y obtuvieran el subsidio para sus viviendas de construcción progresiva. El desencanto por la vida en la población y la nostalgia por la vida en la orilla del río están más presentes que en ningún grupo de familias.

“De ahí tengo buenos recuerdos. O sea, éramos todos unidos, toda la gente que está aquí éramos todos uno solo, aquí no, sabe que cambiaron mucho. Hacíamos todo, por lo menos hacíamos la once para los niños, para la navidad hacíamos once para los niños, para todos nosotros, para el día del papá, nos acordábamos de todo; del papá, para el día de la mamá, todos los papás se acordaban de nosotros, y se hacían las cosas, se juntaban los hombres, todos así. A la playa íbamos varios juntos, o sea, hacíamos un grupito y nos íbamos a la playa, a islote. Ellos (los hombres) siguen compartiendo como era allá en el puente y aquí no. Las mujeres todas en sus casas. Antes compartíamos, jugábamos a la pelota, íbamos al río a jugar así, jugábamos entre las mujeres, eso que teníamos hijo y todo, jugábamos a la pelota las mujeres con los hombres y era algo... Había una cancha donde jugábamos todas las mujeres y los hombres, y todo. Era casi a la orilla del río que teníamos todo y jugábamos, hombres con mujeres. Incluso tuvimos un club deportivo, y fuimos para todos lados, para ese club deportivo la municipalidad nos regaló las camisetas. Los hombres jugaban, pero las mujeres iban por si había mujeres allá para jugar.” (Bernarda M., Curicó)

Las familias perciben que las viviendas definitivas no han hecho más que empobrecer sus vidas. Viviendas aún no terminadas, siempre en proceso de construcción, alejados de las fuentes de trabajo que la orilla del río y sus alrededores le otorgaban, estas familias mapuches no solo se urbanizaron, también terminaron por sedentarizarse y perder los vínculos que mantenían con su tierra de origen, Temuco.

Las vecinas solas

Un tercer grupo de vecinos lo integran mujeres jefas de hogar que obtuvieron sus viviendas por el Programa Jefas de Hogar. Estas mujeres provienen de poblaciones cercanas. Todas estaban separadas al momento de postular a sus viviendas, vivían de allegadas o arrendaban; y todas trabajaban para mantener a sus familias e hijos.

La Municipalidad las contactó para participar en cursos, talleres, completar los estudios y organizarse; para muchas la prioridad era obtener una casa propia.

Al comienzo, la organización la formaron más de sesenta mujeres; sin embargo, con el tiempo muchas fueron quedándose fuera, ya sea porque no lograron sus ahorros o simplemente porque sus maridos, aunque separados, habían obtenido ya un subsidio para la vivienda. Sólo veinticinco mujeres pudieron obtener finalmente sus viviendas. Ciertamente gran parte de lo logrado se explica porque *“a nosotras nos fueron a buscar, yo al menos tenía al más chico en el jardín y sacan los datos de ahí. Ahí nos mandaron a buscar, nos reunieron.”* señala Consuelo B.

Para estas mujeres, la vivienda y no el barrio, constituye su gran orgullo, la tranquilidad de poder dejar algo a sus hijos está presente en todas ellas. “¡...No es tanto el barrio, sino que es poder vivir solas! Es la alegría de tener nuestra casa” dice Cecilia.

Uno de los proyectos pendientes es hacer un testamento en la notaría para dejar claramente estipulado que en caso de muerte de alguna de ellas, la casa queda a nombre de sus hijos y no de su marido.

A diferencia de otros vecinos de Santos Martínez, estas viviendas muestran una fachada especialmente cuidada, antejardines y algunos locales de ventas. La mayor parte de ellas sin embargo, percibe que lo logrado es solo un paso más en una trayectoria de movilidad ascendente. Hoy afanadas en mantenerse y consolidar su nueva vida, la participación y la organización ha ido perdiendo fuerza. Con menos presencia del Estado y el programa que originalmente las convocaba, las mujeres suelen reunirse ocasionalmente.

Los ancianos

Cuarenta viviendas de ladrillo de 33 metros cuadrados, ubicadas frente a una plaza con escasa vegetación, fueron entregadas en comodato³⁰ a un grupo de ancianos que participó en el Programa para el Adulto Mayor. Antes de llegar no se conocían, pero una vez en el sector se reunieron y formaron a iniciativa del municipio el Grupo del Adulto Mayor.

Los ancianos se muestran conformes con lo obtenido, tras toda una vida de pobreza y esfuerzo la posibilidad de contar con un lugar tranquilo, con vecinos que los respetan, y espacios verdes para sentarse a tomar el sol y desarrollar una cierta sociabilidad de barrio es un buen logro.

Aunque las viviendas fueron asignadas a ellos y sus parejas, la mayoría ha ido paulatinamente recibiendo familiares allegados. Las viviendas están cuidadas, pero no han hecho inversiones ni transformaciones, la mayoría no tiene rejas ni protecciones, pero si pequeños jardines que cuidan las ancianas.

Tal como sucede con la mayor parte de ancianos que participan en estos programas sociales ellos perciben un cierto reconocimiento social y agradecen al Estado sus viviendas participando regularmente de las actividades que el programa les propone. Pero la participación se activa solo cuando existe la convocatoria de algún agente estatal, sin ella, los ancianos no se reúnen.

³⁰ Préstamo o arriendo de por vida: si alguno de los ancianos muere, la casa es inmediatamente entregada a otro adulto mayor.

Fachada y aspiración

En Santos Martínez, a pesar de la homogeneidad arquitectónica de los conjuntos de viviendas sociales, éstas presentan diferencias significativas en la fisonomía y cuidado de sus fachadas.³¹ Diferencias que ciertamente se hacen más evidentes entre aquellas familias que llevan más tiempo en el lugar.

Tal como se observa en estas fotos, pudimos observar que mientras algunas de esas viviendas ofrecen a la vista del transeúnte verdes jardines, cuidadas ampliaciones, rejas de fierro, pinturas recientes, cortinas prolijamente instaladas, otras muestran improvisados cierros de madera, pintura deteriorada, jardines de escaso verde, ventanas sin cortinas que protejan de la mirada exterior, y alguna pequeña banqueta en el antejardín o la vereda. Mientras unas viviendas lucen sus fachadas, otras las ocultan tras empalizadas que destacan por la pobreza de sus materiales.

Al entrar a estas casas y conocer a las personas que en ellas habitan, se constata que las diferencias de fachadas se corresponden exactamente con las diferencias de origen social y residencial de las familias. Aquellas viviendas de fachadas prolijamente cuidadas corresponden siempre a familias que provenían de allegados o arrendatarios de alguna población, y que habían postulado al subsidio habitacional por iniciativa individual. Las viviendas de fachadas deterioradas, en cambio, corresponden a familias provenientes de campamentos y cuya postulación se realizó de manera colectiva y participativa.³² Tan estrecha es la correspondencia entre tipo de fachada y origen residencial de la familia, que en nuestro trabajo de campo podíamos anticipar el origen sin necesidad de preguntar. Ciertamente las diferencias socioeconómicas, de *habitus* y estilo de vida bien podrían servir como claves interpretativas para comprender estas diferencias tan evidentes. Sin embargo, la investigación y el trabajo etnográfico arrojan nuevas evidencias que complejizan una interpretación fácil. Las diferencias no terminan ahí.

Aquellas familias que presentan viviendas de fachadas cuidadas poseen claras intenciones de irse en un corto plazo de sus casas. Las familias de viviendas con fachadas ocultas y deterioradas, en cambio, si bien no están totalmente satisfechas, no tienen ninguna intención de cambiarse. Por el contrario, aspiran a vivir para siempre en la casa que con tanto esfuerzo lograron obtener.

La fachada difusa

Para las familias que durante años vivieron en campamentos, la obtención de una *casa sólida*, como ellos mismos la caracterizan, representa ciertamente la realización de sus sueños y la gran posibilidad de mejorar su calidad de vida. La mayoría percibe que sus nuevas viviendas constituyen la culminación de una larga trayectoria de pobreza y esfuerzo; allí esperan ver crecer a sus hijos y terminar sus últimos años.

Sin embargo, acostumbrados a espacios amplios y adaptables a sus necesidades, la estrechez del espacio, el hacinamiento y la falta de privacidad se harán sentir inmediatamente, constituyéndose en un aspecto crítico de sus nuevas vidas. Si en el

³¹ ¿Las fachadas, ¿son el límite de lo privado o el umbral del espacio público?, se pregunta F. Carrión (2004): "Cuando se pinta una fachada, se define la frontera del espacio público, porque desde allí se la ve y no desde el espacio privado. La reglamentación de la fachada debiera dirigirse más hacia lo público (armonía, escala) que a lo privado, porque desde esa perspectiva, el propietario lo único que busca la individualidad". A partir de nuestro ejemplo, cabría preguntarse cómo y desde qué parámetros podría consensuarse una definición de la fachada pública. ¿Quién y cómo se define lo que es armónico, estético y funcional?

³² Programa Chile Barrio, creado para la erradicación de campamentos o asentamientos irregulares.

campamento la organización y el uso del espacio eran flexibles y siempre transformables, en sus nuevas viviendas deberán aprender a vivir en un espacio organizado de manera fija, rígida, y donde toda adecuación supondrá necesariamente transgredir el espacio común.

El hacinamiento no era una característica presente en la vida del campamento; la amplitud de las viviendas, pero sobre todo la forma de laberinto que poseía la distribución y diseño de las casas, aseguraba espacios diferenciados, así como la compatibilidad entre la convivencia comunitaria y la intimidad.³³ Las actuales viviendas sociales, en cambio, no sólo por su diseño y tamaño sino también por su mala calidad, ponen a las familias frente a una situación de escasa privacidad y evidente estrés; aunque así se desee, en aquellas viviendas es imposible sustraerse del grito, del conflicto, de la fiesta, de los que entran, de los que salen, del rumor y del comentario...³⁴

Las dificultades económicas y legales para mejorar, ampliar y ajustar sus viviendas a las propias necesidades conducen a que las familias construyan progresivamente, a través de estructuras precarias y livianas, un continuum entre sus casas y las veredas; entre el espacio público y privado. El ocultamiento y casi desaparición de las fachadas originales de muchas de estas viviendas tras estructuras de madera que amplían las viviendas hacia las veredas, así como la ausencia de jardines, vuelve ciertamente difuso el límite entre lo público y privado. La explicación pareciera encontrarse no sólo en la falta de recursos para construir ampliaciones más sofisticadas, sino también en la reproducción de pautas culturales y de diseño propias de quienes por años habitaron un espacio donde los límites y fronteras entre lo privado y lo público, si bien estaban establecidos, siempre fueron maniobrables y flexibles. En situación de extremo hacinamiento como el que hoy día enfrentan, dichas pautas de construcción y habitabilidad adquieren todo su sentido y pertinencia. Tal como lo muestran las fotos anteriores, la vivienda rígida y fija adquiere así la liviandad, movilidad, funcionalidad y estética propia a las viviendas del campamento.

“Estos departamentos venían todos cerrados con rejas y la gente las ha sacado todas, se las han robado. Por ejemplo, aquí abajo se tomaron la pasada de tierra, hicieron un negocio, hicieron ampliaciones. Atrás hicieron los tremendos cobertizos, han construido hacia fuera, han agrandado todas las piezas. Hacia la villa San José, donde se supone que es plaza, se tomaron los terrenos... Se tomaron todas esas plazas e hicieron dos o tres piezas, más living-comedor. El señor que está haciendo el cobertizo acá dice que ese pedazo es de él; pero según la ley de condominios, ese

³³ Skewes (2002) señala que se trata de estrategias espaciales de ocultación, fundadas en la ocupación silenciosa y el diseño del entorno. El grupo subordinado debe procurarse espacios para sí, aislados del control y la supervisión superior. Al apropiarse de espacios intersticiales en la ciudad prohibida, los residentes dependen de su acción colectiva, compartiendo la preocupación por ocultar estos sitios que escapan a la dominación, sitios donde sus “transcritos ocultos” pueden elaborarse con relativa seguridad. El secreto sirve a quienes se desvían de las normas que les son externamente impuestas.

³⁴ La relación entre patologías y falta de espacio ha sido estudiada por E. T. Hall (1966; 1971) en su análisis de la proxemia; a propósito de un estudio sobre la clase obrera francesa de M. J. Chombard de Lauwe, indica que bajo los 8 a 10 metros cuadrados por persona, los incidentes patológicos (psíquicos y sociales) y la sobrepoblación aparecían estrechamente ligadas. Entre 10 y 14 metros cuadrados la relación aún se observa, aunque de manera menos marcada. Hall advierte, sin embargo, que esta definición de espacio óptimo no tiene ningún valor universal, y solo es válida para una fracción de la población francesa. Aun así, cabe destacar que para el caso aquí analizado, algunas familias pueden llegar a tener fácilmente 7 a 8 metros cuadrados por miembro.

pedazo corresponde a las doce personas que residen en esos metros cuadrados...”
(Víctor, presidente Junta de Vecinos, Curicó)

Y así como se transgreden los límites entre lo público y lo privado, y la vivienda recupera algo de aquella vieja y precaria mediagua de madera y latón, también la sociabilidad será una y otra vez recreada, con esfuerzo y mucha nostalgia. Son estas mismas familias provenientes de campamento las que más ocupan las estrechas calles y pasajes de estas villas; la pequeña e improvisada banqueta arrimada al muro exterior de la vivienda así lo atestigua: mujeres conversando en las puertas de sus casas, jóvenes cesantes agrupados en las esquinas, niños bañándose en los grifos de agua, ancianos tomando sol, hombres durmiendo su borrachera bajo un árbol... los espacios públicos son siempre los espacios de los más pobres y marginales de las villas.

Para aquellos habitantes que provienen de campamentos, y que traen una historia de participación y pobreza, no es la estrechez de sus viviendas lo que más les aporrea. Es la ausencia de gestos de solidaridad y de una vida comunitaria lo que más añoran.

Para estos habitantes, la nostalgia y el desencanto refieren principalmente a una sociabilidad y a una comunidad fuertemente debilitada, pero también a la persistencia de la pobreza y el progresivo “abandono” del Estado. Para muchos pobladores de campamento, en la villa la vida se les “urbanizó” y también se sedentarizó. Como bien señala una antigua habitante del campamento de Puente Rauco en Curicó, “en la población se perdieron los juegos y el tiempo para una pichanga a la orilla del río” entre hombres y mujeres, mientras los niños se bañaban o la ropa sucia se lavaba. Acercarse a la ciudad o disolver la pequeña comunidad de iguales que era el campamento, significó para muchos ver cómo los problemas de la droga y el robo rápidamente se instalaban entre ellos, en especial los más jóvenes. La capacidad de resguardo y protección en estos nuevos espacios residenciales, donde habitan 300 o 400 familias, se volvió simplemente imposible para estas familias y sus comunidades.

Ciertamente, el escaso tamaño de los departamentos y el reducido espacio colectivo contribuyen a reforzar una cierta idealización de la vida anterior. El recuerdo de sus viejos territorios constituye para cada uno de los vecinos un elemento de identificación y diferenciación siempre presente en las conversaciones. La vida en sus antiguas residencias es una fuente inagotable de remembranzas. La antigua sociabilidad, la calidad de vida, el tamaño de las viviendas, las costumbres, el trabajo, los vecinos... son objeto de añoranza permanente. La convivencia entre iguales permitía también no ocultar la pobreza; por el contrario, compartirla era lo que generaba las respuestas de solidaridad entre vecinos. La nostalgia por lo perdido y la construcción de un relato idealizado están siempre presentes.

Aún así, las estrechas calles y pasajes de la población son ocupadas en general por estas familias más pobres, mujeres conversando en las puertas de sus casas, jóvenes cesantes agrupados en las esquinas que venden droga y cobren peaje a quienes transitan por allí, niños bañándose en los grifos de agua, ancianos tomando sol en algún banco de la plaza, algún hombre durmiendo su borrachera bajo un árbol... los espacios públicos son los espacios de los más pobres y marginales. Paradojalmente, entre las familias provenientes de campamentos, aunque sienten que han perdido su comunidad en este nuevo barrio, el deseo de migrar no aparece, al menos en sus relatos.

Para estas familias una de sus grandes preocupaciones es no perder sus viviendas; los altos montos de los dividendos y la paulatina retirada del Estado de sus vidas, forman parte de sus angustias cotidianas. Al Estado se le busca, se le demanda y se le exige asumir su rol benefactor, protector, solidario y fundamentalmente activo,

siempre presente. El Estado no es percibido como un recurso más entre varios, sino un apoyo central y necesario. En algunos casos, el único recurso desde donde poder mejorar las condiciones de vida o sostener situaciones de crisis y marginalidad. Del Estado se espera no sólo recursos y subsidios materiales; el trato deferente, respetuoso son dimensiones que se exigen en esta interacción. Sin desconocer el rol que cumplen los vínculos comunitarios y de vecindad en la protección de todos, el Estado es siempre percibido como el principal garante en el resguardo de lo adquirido.

La fachada visible

Para las familias que provienen de otras poblaciones y obtuvieron su vivienda por sus ahorros y subsidios individuales, la vivienda sólo representa un paso más dentro de una trayectoria de movilidad social que recién comienza. La casa constituye un activo³⁵ que se espera algún día vender o arrendar; para así cambiarse a un mejor lugar. Para estas familias, en especial jóvenes, no hay nostalgia alguna, sino sólo la aspiración a un futuro mejor; la vivienda corresponde a un proyecto familiar y no colectivo, de esfuerzo, trabajo, ahorro e incluso endeudamiento. Independientemente de sus ingresos, el pago de los dividendos, el agua o la luz, no es un problema que se explicita; es asumido como parte del "contrato" contraído con el Estado. Las demandas hacia el Estado son principalmente de tipo policial y represivo, mayor control de la drogadicción y la delincuencia en el entorno.

El gran cuidado que muestran las fachadas de estas viviendas y sus jardines en comparación con las casas de aquellas familias que provienen de campamentos, no sólo da cuenta de mayores recursos económicos, sino también de la preocupación por hacer de la casa un reflejo de los logros y proyectos familiares. Las ampliaciones agregadas a las viviendas son a menudo percibidas también como una inversión que permitiría a futuro, cuando se decida venderla, "sacarle mejor precio". Para todos ellos, sin embargo, el entorno barrial constituye un espejo, que les muestra los límites y la fragilidad de lo alcanzado.

La delimitación clara y precisa del adentro y del afuera a través de rejas de fierro mantenidas con llave, es también una característica que se condice con el escaso uso que estas familias hacen del espacio público. A diferencia de quienes provienen de campamentos, éstas habitan menos el entorno de sus viviendas y mucho más puertas adentro. La opción de construir un "nosotros" parece contraída a las cuatro paredes de la vivienda. La villa, para estas familias, no puede sino representar aquello de lo que justamente se desea escapar: la pobreza y el mal vivir. En sus relatos se descubre la desconfianza y la desilusión de tener que compartir el vecindario con familias cuyas costumbres y hábitos de vida están lejos de acercarse al estilo de vida deseado.

En este trayecto de esfuerzo y aspiración a la movilidad social, el Estado es percibido como un recurso más entre varios otros; pero ciertamente no el único, ni el más central. Más liberales en su concepción de la sociedad, al Estado se le atribuye un rol subsidiario y pasivo, último refugio donde las familias puedan buscar ayuda. En estas trayectorias de familias, la intervención del Estado aparece de manera puntual y estratégica a lo largo de sus vidas, y a menudo por iniciativa de la familia que conoce los mecanismos para acceder a los recursos ofrecidos. Son ellas las que se mueven hacia el Estado y no el Estado hacia ellas. Del Estado no se demanda necesariamente una interacción deferente ni participativa; lo que se exige es eficiencia y eficacia en la entrega de los recursos demandados por la familia; esto es, un Estado moderno, impersonal, pero oportuno y pertinente a las necesidades que ellos tienen

³⁵ Véase escritos de C. Moser (1996) sobre vulnerabilidad y activos, donde la vivienda es definida como uno de los activos centrales en la superación de la pobreza.

en cuanto ciudadanos de este país. Su percepción, sin embargo, es que el Estado y el municipio no han hecho sino premiar al más vivo y al que menos se esfuerza; y que la pobreza, no el esfuerzo para salir de ella, se han constituido en los principios de integración social.

El Estado

En Santos Martínez solo hay cuatro organizaciones sociales³⁶, todas ellas nacieron por iniciativa del Estado y funcionan estrechamente vinculadas a programas sociales. La participación es escasa y las actividades se limitan a ejecutar o utilizar los programas sociales que normalmente llegan desde el Estado al territorio.

Sin embargo, para aquellas familias más pobres, en general provenientes de campamentos, la relación con el Estado es cotidiana y asistencial; al menos una vez por semana se va (caminando durante una hora) a la municipalidad en busca de alguna ayuda, a menudo mercadería. Para las familias que obtuvieron sus viviendas por ahorro individual esta relación es más esporádica y supeditada a necesidades puntuales.

De un total de 344 familias, 308 han solicitado ser encuestadas para la asignación de subsidios³⁷. Sin embargo, al obtener sus nuevas viviendas, muchas de ellas han perdido sus subsidios al disminuir el puntaje que las califica para la ayuda asistencial. Aún así muchas golpearán puertas insistentemente, aunque predomine la percepción de que para obtener algo están obligados a definir su posición política. A no ser que, con suerte, logren un favor de algún funcionario público:

“Aquí hay que tener color político. Si yo voy a uno, por ejemplo, a la gobernación, y después voy al municipio, si saben que yo estuve en la gobernación me cierran las puertas. Yo he ido a la gobernación a puro echarlos a pelear, al gobernador con el otro (el alcalde). Son todos mentirosos. Ahora me acuerdo cuando estábamos en la reunión del comité de cesantes, habíamos más de 500. Ahí nos ofrecieron a nosotros locomoción, otro ponía tres locomociones. ¿Y por qué no nos ponen plata para comida? ¿Y por qué son así con nosotros, con los pobres? ¿Para eso tienen plata, para locomoción, para ir a lesear al presidente? ... quieren ganar política con nosotros, con la pobreza y siempre voy a eso. Y cuando me ve el gobernador me saluda: ‘hola flaco –me dice– el conflictivo.’ No es que sea conflictivo, la verdad no más, le digo yo.” (Nelson F., Curicó)

Las diferencias entre los vecinos provenientes de campamentos y el resto se dejan también sentir en su percepción del Estado. Para aquellos pobladores que provienen de poblaciones, el Estado premia a través de sus programas al más vivo y al que menos mérito hace por salir de su situación de pobreza y castiga a quien se esfuerza por salir de su situación.

“...porque a la gente de Chile Barrio la ayudan tanto y a las demás gente también deberían haberlas ayudado, porque todos llegaron en las mismas condiciones, en la misma situación... después de tres años empezaron a quitarles los subsidios a las chiquillas. Sí, porque las vienen a ver acá y tienen casa de dos pisos y qué sé yo... y no se puede hacer nada (...) Nosotras dijimos que tenían que cambiar las leyes ahí en la municipalidad para poder ayudar, porque tenían que ir como muy a lo puntual, o sea, a la gente. Por ser, aquí hay gente que(...)son matrimonio(...), a veces trabajan los dos, casi siempre trabajan los dos; pero qué es lo que hacen: andar con el cigarro,

³⁶ Junta de vecinos, Comité Solidario 28 de Septiembre, Grupo del Adulto Mayor.

³⁷ Los subsidios entregados al año 2002 son: Pensiones asistenciales, Subsidio Único Familiar, Subsidio al Agua Potable. No reciben subsidios 773 personas.

andar con las cositas del fin de semana. Y la gente de nosotros qué hace: es una persona, una mujer, trabaja y para qué, para pagar dividendo, agua, luz, mantener y vestir a los hijos. ¿Y por qué no ayudan a esa persona que se esfuerza y ayudan a la otra persona que se malgasta su vida? Nosotros por ganar la casa perdimos lo demás. Así que se ha ganado y se ha perdido.” (Ana G., Curicó)

Para aquellos habitantes que provienen de campamentos y con serias dificultades para asegurar el sustento familiar, el Estado más bien los ha abandonado tras la entrega de las viviendas, desconociendo el sinnúmero de necesidades que perduran.

Lugares de nadie y lugares de todos

Santos Martínez cuenta con dos espacios públicos: un área de equipamiento y un área verde. En el primero se ubica la sede comunitaria, una multicancha y una plazoleta. Los trabajos de limpieza del entorno y reparación de la infraestructura la realizan personas que trabajan en el Programa de Pro empleo. En el segundo espacio se ubica la Sede para el Adulto Mayor y una cancha de baby football improvisada por algún esforzado dirigente.

A pesar de su nombre (área verde), la plaza se caracteriza por ser una manzana de tierra, sin mucha vegetación y que cuenta sólo con dos bandejones de pasto. Las sedes asimismo, presentan un aspecto abandonado, y en sus paredes cuelgan solo avisos del Gobierno de Chile. Nada da cuenta de actividades organizadas por iniciativa de la propia población. Las sedes se utilizan fundamentalmente como un espacio para la implementación de programas sociales del Estado. Las fotos tomadas un día de semana muestran su poco uso y escasa integración al entorno. El abandono y el desuso de estos espacios son evidentes. Rara vez se observan familias o grupos de vecinos ocupando estos lugares; salvo algunos dirigentes que una y otra vez convocan a reuniones, pero la participación de los vecinos es mínima.

En contraste con las abandonadas sedes sociales construidas por el Estado justamente para facilitar la sociabilidad y participación entre vecinos, existe cerca de Santos Martínez un gran terreno baldío que los vecinos se han apropiado para dar vida a una Feria Persa llamada “*el shopping*”³⁸. Lugar de encuentro y sociabilidad las familias venden, compran e intercambian con sus vecinos objetos de segunda mano. Lugar de reducción de especies robadas también, este lugar constituye a menudo la única posibilidad de poder adquirir algún bien a un precio razonable para el exiguo presupuesto familiar. Los vecinos y algunos comerciantes que vienen de todos los sectores de Curicó, incluso de lugares cercanos a la ciudad como Molina y Teno, ofrecen sus productos de segunda mano. Los feriantes comienzan a instalar sus puestos a las seis de la mañana para asegurar su lugar. Es a esa hora de la mañana también que se realizan las transacciones de compra y venta entre los comerciantes y algunos jóvenes que ofrecen artículos robados.

La gente comienza a recorrer la feria como a las 10 de la mañana, y el movimiento no termina hasta la tarde. Los comerciantes tienen que pagar por instalar sus productos \$200 pesos diarios al Club deportivo que está a cargo de la cancha. La feria se transforma así en un lugar de participación y apoyo a las escasas actividades comunitarias. Porque como señala un comerciante, “*es uno de los “centros comerciales” más grandes de Curicó. En serio, se reunirán unos trescientos comerciantes más o menos.*” (Jaime N., comerciante)

³⁸ Funciona todos los fines de semana (entre las 8 de la mañana y las 16 horas) en una cancha de tierra de la Población Prosperidad.

Aquí se vende y se hace trueque de ropa usada, libros usados, verduras, legumbres, frutas, sopaipillas, empanadas, herramientas, muñecas, pinturas, lavadoras, cocinas, equipos de música, discos, neumáticos y toda una variedad de cosas viejas y usadas. Los precios se ajustan a la demanda, al igual que el trueque; un par de zapatos de niños puede costar \$1.000 más 1 kilo de harina.

“Hay gente que es hasta de allá atrás, gente que necesita, entonces yo creo que a veces no tienen monedas y van a vender cualquier cosa, por sacar lo que sea, cien pesos, doscientos pesos, no ve que sirven. [Venden] ropa, cosas así, casi la mayoría vende cosas así no más, ropa y de repente la gente lleva verdura, pero es casi pura ropa, zapatos. Nosotros todos los fines de semana vamos para allá, pero a veces, cuando tenemos unas monedas, qué sé yo. Si venden cualquier cosa, si uno pilla de todo...” (Olga M.)

Ciertamente la feria constituye el único lugar de participación activa de los vecinos de Aguas Negras³⁹, allí las fronteras se vuelven más difusas, los colores, la música y los gritos de quienes ofrecen su mercadería ofrecen un espectáculo de gran fiesta que se repite una y otra vez. Tierra de nadie, este gran terreno baldío al que el Estado ni el mercado con sus leyes entra, se transforma por acción espontánea de los vecinos en un espacio de participación, sociabilidad y recreación de viejas prácticas comunitarias como es el trueque de especies y favores.

La historia de Santos Martínez finalmente, representa un buen ejemplo para analizar la vacuidad de programas sociales locales que se levantan e imponen la participación de la noche a la mañana a las familias. Pero también, de las dificultades que ofrecen las políticas sociales para responder y dialogar con el sinúmero de aspiraciones y proyectos de estas familias. Aún así, este relato etnográfico nos habla de la capacidad de sus pobladores para hacer de sus territorio y sus viviendas, un espacio de ejercicio de ciudadanía.

³⁹ Además de esta feria persa existe una gran cantidad de actividades económicas informales en esta población. Al recorrer el barrio observamos que en las ventanas, en los patios y afuera de las casas se instalan carteles donde se ofrecen distintos servicios: “reparación de todo tipo de artículo electrónicos y electrodomésticos. Presupuesto gratis”; “Pescado frito, cazuela, caldillo de marisco.”; “se corta el pelo Niños \$ 800, Adultos \$1000”; “Se hacen costura”; “Se hacen rejas, protecciones, cobertizos, escalas, portones, ventanas”; “se repara tv-video, radio-equipos, lavadoras-centrifugas, cocinas y otros”; “se hacen rejas cobertizos protección de ventanas”; “Se venden plantas y tierra de hoja”; “Se venden volantines y bolitas”; “se venden maravillas, frutas verduras y carbón”; “se hace gasfitería general, cocina, calefont, lavadora y eléctrico”; “maravillas, helados de jugo y leche”; “Se hacen galpón, protecciones, cobertizos, tejas”; “Cazuela de pollo y carbón”.

De las etnografías

¿Pueden constituirse las políticas sociales en un recurso para la integración social de los más pobres? ¿Cómo “modelan” y transforman el Estado y sus políticas sociales las vidas y trayectorias de estas familias y sus comunidades?

La premisa sobre la cual se construye esta investigación es que la incidencia de las políticas sociales y el Estado en los procesos de integración social se asocia estrechamente a la cualidad del vínculo que ellas construyen con los más pobres. Para abordar este problema hemos comenzado por la caracterización y el análisis – a través de la observación y el relato etnográfico - de las políticas sociales de vivienda y la relación entre estos pobladores y el Estado a lo largo de la década de los noventa.

De la lectura de estas tres etnografías, podemos concluir que las políticas sociales de vivienda en estos territorios tienen un efecto paradójico. Junto con resolver los problemas de infraestructura de estos pobladores, las viviendas profundizan los problemas de exclusión de muchos de ellos y exacerbaban el conflicto, la desconfianza, la estigmatización y la percepción de desigualdad y exclusión al interior de estos territorios.

Si bien los pobladores perciben avances y logros en ciertas dimensiones de su integración a la sociedad (la vivienda propia) también perciben pérdidas y retrocesos en ámbitos que antes creían tener asegurados (la solidaridad, la convivencia entre vecinos⁴⁰).

La incertidumbre y la afirmación de sí mismo: Es sabido que los primeros años en una villa constituyen momentos de crisis e incertidumbres. Es en este período donde se revela con fuerza la tensión entre la aspiración a un nuevo status social y las dificultades que el contexto social les ofrece. En este proceso de traslado del campamento al conjunto de viviendas sociales, del paso de ilegal a poblador, las certezas, los saberes, las viejas creencias y principios entran en una fase de fuerte incertidumbre e inestabilidad. La tensión y las contradicciones con lo que fue la vida cotidiana, los hábitos y las costumbres en el campamento se hacen sentir en la construcción y resguardo de un “nosotros”.

Y ello tal vez no constituiría un problema si no fuese por la percepción generalizada que allí, en esos espacios, las condiciones para realizar las propias aspiraciones son escasas. Si el campamento representaba el inicio de una nueva vida y una forma de hacerse un espacio en la ciudad; la villa, conjunto de casas precarias, estrechas, construidas y asignadas sin participación, no siempre se ajustará a las expectativas que se traían.

Es entonces cuando afirmar y explicitar los propios proyectos y aspiraciones se vuelve una necesidad para cada una de las familias. Marcar territorio, levantar fronteras, afirmar la propia identidad pasan a constituir una práctica desesperada de cada uno para distinguirse con aquello de lo que se desea escapar: la pobreza y la exclusión. Fronteras identitarias que debilitan finalmente la posibilidad del encuentro y de un *nosotros* comunidad. Distinciones y disputas entre vecinos que no son más que la expresión de una exclusión que se les impone y que terminan por debilitar finalmente

⁴⁰ Estas conclusiones coinciden con las evidencias encontradas en un estudio de Phud/Sur (2002) sobre conjuntos de viviendas sociales en Chile.

cualquier iniciativa colectiva o posibilidad de consenso. El deseo de migrar de estas villas está directamente asociado a la desconfianza y al temor de sus pobladores ha quedar atrapados en la pobreza de siempre.

La solidaridad transformada en activo: Si en el campamento la solidaridad, la reciprocidad y la caridad eran valores que circulaban internamente a la comunidad y formaba parte de las prácticas cotidianas que la regían, con la llegada de los programas sociales participativos la solidaridad pasa a ser un *activo* que promete abrir las puertas al Estado y sus recursos. De una solidaridad recíproca y difusa los pobladores transitarán hacia una solidaridad funcional y estratégica que les servirá para competir por la obtención de un subsidio estatal.

En este proceso, el líder y celador de estos principios de igualdad y solidaridad al interior del campamento, pasará – como en el caso de Curicó - de su tarea de resguardo de los precarios equilibrios internos, a constituirse en el principal interlocutor con el Estado. De líder sin poder⁴¹ se transformará progresivamente en un líder con el poder que le otorga ser reconocido como la cara visible de los vecinos frente al Estado y sus programas. De él o ella dependerá finalmente que la comunidad cuente con la información necesaria, cumpla con los plazos y compita para poder obtener los subsidios estatales prometidos. Imbuidos de su nuevo status, estos líderes no siempre sabrán escuchar y velar por el interés común.

Con la llegada del Estado al campamento se refuerzan también los procesos de diferenciación interna: Entre el que tiene el contacto con el Estado y quien no lo tiene; entre quien maneja la información y quien no la maneja; entre quien cumple con el ahorro y quien no lo cumple; entre quien entiende las reglas del juego y quien no las entiende; entre quien obtiene su vivienda y quien no lo logra... Con la irrupción del Estado y sus programas las distinciones entre los iguales se asentarán.

Segregación y estigma: Estas historias de pobladores nos señalan que la experiencia de habitar en estos conjuntos de viviendas sociales a menudo es percibida como expresión de inferioridad social, de segregación, aislamiento y abandono. La llegada a una villa reafirma que la pobreza constituye un estigma del que no es fácil desprenderse.⁴² *Descalificación* social que los aproxima a una condición de no-ciudadanía: pobre es aquel que está fuera del mercado y de la sociedad. Sin los lazos básicos, el pobre no puede sino vivir como un *extranjero* al resto de la sociedad. Contradicción y tensión permanente que destruye progresivamente la imagen de sí y transforma la capacidad de acción. Es el caso de esta villa de Maipú olvidada en los márgenes de la ciudad, donde la desesperanza de sus habitantes ha terminado por transformarla en “*territorio de nadie*”; en un espacio “*desancclado*” de toda realidad social.

Como bien lo muestran los tres ejemplos analizados, el sentimiento de vergüenza de habitar estos espacios es recurrente. El disimulo de su inferioridad estigmatizante y el miedo de los otros está a la base de esta experiencia de la pobreza. Para estos

⁴¹ En los campamentos descritos, al dirigente se le exigen dos cualidades básicas: capacidad expresiva y generosidad/ solidaridad. Jamás se reconocía a un líder si este no sabía expresarse frente a los suyos y frente a los otros; jamás se reconocía a un líder si este no daba signos claros de honestidad y entrega. Es esta verdadera obligación de generosidad de la que nos habla Marshall Sahlins, la que estaba a la base de su autonomía (no dependía de nadie), de su prestigio y su capacidad de justicia.

⁴² En su sentido etimológico, estigma es una marca en el cuerpo que se imponía con hierro candente como pena infamante o como signo de esclavitud.

pobladores la integración, la cohesión y el logro del reconocimiento social pasa progresivamente a ser una pugna de cada uno y los suyos. Constituirse ante “otros”, con “otros”, distintos, otros no-pobres, es una experiencia que estos pobladores, segregados en los extramuros de la ciudad, a menudo desconocen.⁴³

La aspiración a la integración: El relato etnográfico da cuenta también de la aspiración de estos pobladores a la integración social; integración que les permita sentirse un habitante más de su comuna, de su ciudad y su país. El análisis de las prácticas y trayectorias de vida de los pobladores nos indica que ellas no pueden ser comprendidas al margen de la búsqueda del reconocimiento social y respeto a su condición de pobres. Reconocerse en la mirada del otro (existir para el otro) son necesidades primordiales para hacerse un lugar en el seno de una sociedad, para existir, para participar. Como comprender sino la importancia que han adquirido los medios de comunicación en las expresiones públicas de los pobladores. “Aparecer” en los diarios o la televisión es la posibilidad siempre de hacerse visible, y por tanto, de asegurar una respuesta por parte de las autoridades.⁴⁴

Segregados y faltos de interlocutores no es de extrañar que al Estado se acuda y se apele una y otra vez, a menudo de manera silenciosa y pragmática⁴⁵ La nostalgia de muchos de estos habitantes por lo que fue su vida en el campamento debe ser comprendida justamente como parte de esta pérdida de comunidad y del deseo de refundarla en un contexto social donde las condiciones han cambiado radicalmente. El reclamo por la pérdida de estos lazos primarios y el deseo de recuperar un relato común está en cada uno de estos pobladores.

Es en esta perspectiva que debe comprenderse la figura del “*aparecido*” del Resbalón. En este nuevo contexto, la figura del “*pelaito*”, que se aparece solo a los antiguos habitantes del campamento, constituye un acto fundante que remite a un tiempo y a un mundo anterior. La muerte de este niño, sus funerales y su vuelta desde el más allá, es un hito que rearma comunidad en el nuevo escenario. La “*aparición*” de este niño y sus anuncios recuerdan a estos habitantes de la rivera del río la importancia de recuperar y reactualizar los viejos principios de solidaridad y reciprocidad generalizada en nombre del resguardo del bien común.

Al igual que la demanda por ceremoniales y rituales, estos actos simbólicos son parte de este deseo de refundar un “nosotros” que en el paso de la invisibilidad a la

⁴³ Heidegger decía que ser – con – otro es la condición básica del ser – en – el – mundo. Tal relación supone éticamente hablando, otra que es fundamental, la facultad de poder ser – con, de ser ante otro (de ser interpelado, enjuiciado, por otro).

⁴⁴ En el campamento El Resbalón sus pobladoras se quejaban de que los periodistas siempre publicaban las fotos en que ellas salían sin “arreglarse”, descuidadas o realizando actividades poco dignas para “aparecer” en un diario (cocinando, lavando niños...). En el caso de Maipú, en cambio, uno de los dramas es que ni siquiera han logrado “aparecer” en los diarios o la televisión, su “caso” no interesa a nadie; radicados en los bordes de la ciudad, en territorios que nadie disputa, su drama no es objeto de noticia. Parte de la mala evaluación que hacen los pobladores a su única experiencia de manifestación colectiva, se explica por el hecho de no haber logrado atraer el interés de los medios, por tanto; tampoco de las autoridades.

⁴⁵ Tal vez Sennet (2003) no se equivoca cuando a propósito del ghetto nos advierte que “en una comunidad pobre no se sobrevive por ser el mejor – o el más duro – sino por mantener la cabeza baja y evitar el contacto visual que pueda interpretarse como desafío... En los lugares donde los recursos son escasos y falta la aprobación del mundo exterior, el honor social es frágil y necesita afirmarse día a día.”

legalidad simplemente de desdibujó. Es por esto que en contextos de “erradicación” (traslado del campamento a la villa), la celebración colectiva de su nueva condición de ciudadanía adquiere una particular relevancia. Reunirse junto a *Otros* en torno a una palestra para recibir la llave, para cortar la cinta, para bendecir las casas, para escuchar los discursos, para fotografiarse, para recibir sus certificados de propiedad, para abrazarse, en fin, para celebrar... es consagrar de alguna forma el paso desde los márgenes de la comunidad al todo social. Es poder verse en los diarios, y no en la crónica roja sino en aquella sobre los asuntos del país... Es volver a percibirse, aunque sea por un momento, parte de la *communitas*⁴⁶, de un proceso colectivo. El rito trabaja para el orden nos advierte Balandier (1994). En efecto, cuando la pobladora señala: “*un discurso, hubiera sido como más legal, más dedicado*”, a lo que apela es justamente a la integración.⁴⁷

Lo que hemos querido mostrar en esta primera parte, es que la capacidad del Estado y sus políticas de potenciar y fortalecer los procesos de integración social pasa no solo por la entrega de más y mejores viviendas. Ciertamente ello es imprescindible, en especial el ajustar e igualar los estándares de construcción y de habitabilidad de estas viviendas a los niveles de desarrollo y calidad de vida de este país. Pero aún así, ello no basta si sus habitantes siguen percibiéndose ciudadanos de segunda categoría. La construcción de un individuo más autónomo y más ciudadano exige también de soportes, es decir, de recursos materiales y simbólicos que alimentan su comprensión y su quehacer en sociedad.

De lo que se trata entonces es de comprender la articulación entre las condiciones objetivas y subjetivas en los procesos de exclusión: cuál es aquella parte de las políticas que corresponde a las determinaciones estructurales y cuál es el campo donde los sujetos y ciudadanos pueden aportar en términos de las dinámicas de inserción.⁴⁸ La superación de la condición de precariedad social y económica del pobre es inseparable del proceso que éste, en tanto sujeto y actor, construye frente a su condición de pobreza o de *sin techo*. Hemos visto en este ejercicio que los límites son más difusos y están más articulados de lo que tradicionalmente se considera. Prestar atención a los sentidos que los individuos de esta sociedad dan a su experiencia y a su relación con el Estado es abrir las políticas sociales a la implicación de los individuos en la definición de los términos bajo los cuales se debiera construir el contrato social.

En términos más generales, podemos señalar que si bien las políticas de vivienda ofrecen servicios y subsidios que mejoran en el corto plazo la *integración funcional* de las familias —es decir, se resuelve el problema de los *sin techo*—, descuidan su rol intermediador en la construcción de la autonomía e *integración social*. Esto es, no se contempla la construcción de una comunidad de sentidos desde donde sostener procesos de construcción de sujetos y ciudadanos autónomos y donde el derecho a hacer de la vivienda un proyecto (colectivo o individual) sea posible.

La distinción entre integración funcional e integración social ha sido a menudo olvidada en las discusiones sobre políticas sociales. La *integración funcional* supone la capacidad de asegurar el propio sustento de manera autónoma y la interdependencia con un todo social; la *integración social*, en cambio, supone la

⁴⁶ Turner, 1972; Espósito, 2000.

⁴⁷ Pero aún cuando el rito trabaje para el orden, él ofrece la ilusión y la posibilidad de sentirse parte de... con todo el riesgo que ello implica de reforzar las estructuras o el temor al ejercicio de la libertad.

⁴⁸ De Gaulejac y Taboada Leonetti, 1994.

implicación de los sujetos en cuanto ciudadanos en un sistema de derechos, normas y de valores. En estos territorios ambos procesos tienden a ser disociados.⁴⁹ Nuestra política habitacional es un claro ejemplo: por décadas, las viviendas han sido construidas y entregadas sin atender a las aspiraciones, costumbres, valores, patrones culturales y estéticos de sus habitantes. Reunir ambas dimensiones de la integración en la elaboración de las políticas sociales pareciera ser una exigencia para el buen logro de sus objetivos.

⁴⁹ Véase análisis en Remy, 1996 y Güell, 2002.